

La Esfera

Año II. — Núm. 61

27 de Febrero de 1915

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

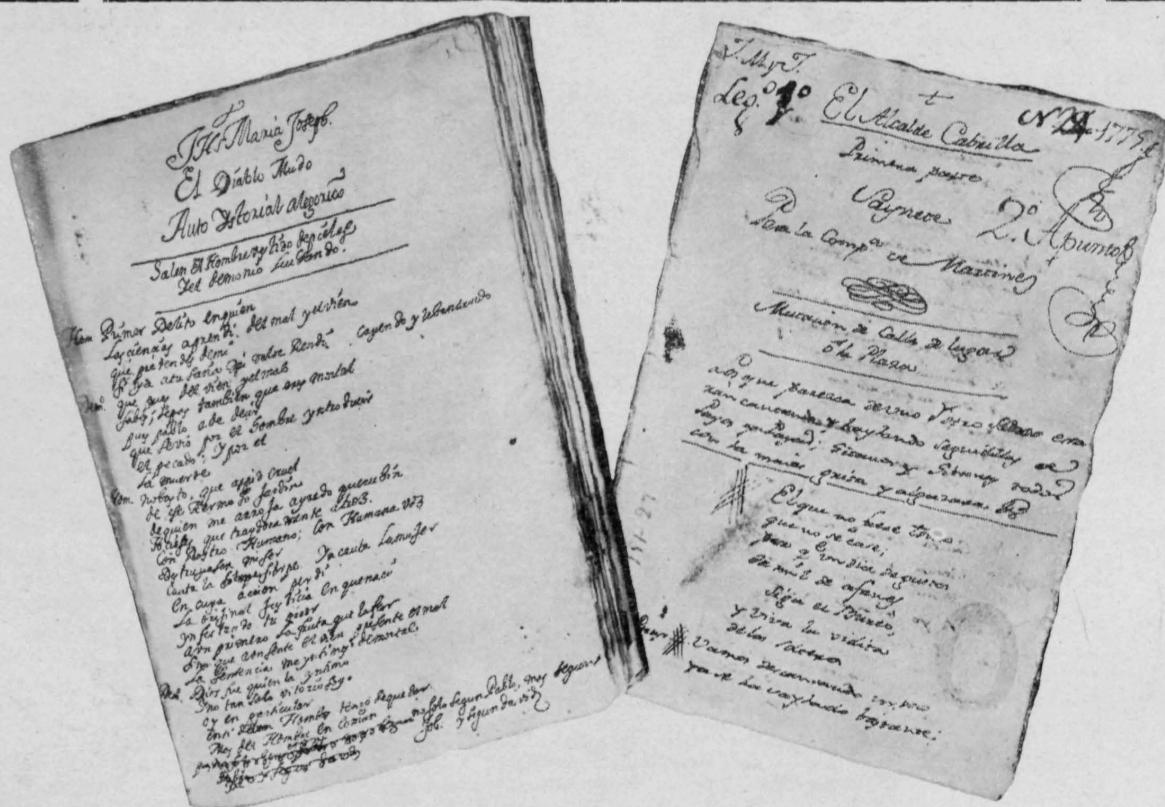


SARAH BERNHARDT

DIBUJO DE GAMONAL

Insigne trágica francesa, á quien se le ha amputado una pierna á consecuencia de un accidente que sufrió representando el drama "Juana de Arco"

DE LA VIDA QUE PASA CULPAS DE ARRIBA



Una página de los Autos sacramentales de Calderón de la Barca y la portada de un sainete de D. Ramón de la Cruz, autógrafos que se conservan en la Biblioteca Municipal de Madrid

TRATÁNDOSE de la cultura popular y, aun de alta cultura, en España hay que atribuir su escasez, no tanto á pereza ó torpe comprensión de los encargados de recibirla, como á desidia ó mal regimiento de quienes deben procurarla y facilitarla.

Dejando aparte la instrucción pública primaria, más á propósito para formar bandos grotescos de loritos, que generaciones de hombres conscientes, vale decir que la Superior Enseñanza, llenando los cerebros de teorías, apenas deja sitio en ellos para la práctica y la acción creadora.

A reserva de aquellas nociones fundamentales y, por ende, precisas al dominio de su carrera, los estudiantes españoles necesitan desprenderse del lastre universitario, á toneladas, si han de ser algo en su propia vida y servir de algo en su vida de relación.

Culpa es ello, no de los profesores, del galimatías babelónico que, con el trasiego incesante de sus directores y ministros, y con la no menos incesante modificación, anulación y renovación de sus planes, reglamentos y leyes, significa el ramo de nuestra enseñanza oficial.

Pero no es á esta cultura á la que mi crónica se refiere; es á otra; mejor dicho, es á la vulgarización de la cultura y al respeto por la cultura, que ni se atiende, ni se guarda por los obligados á hacerlo, por quienes, ostentando representaciones políticas ó desempeñando cargos de elección popular, así se cuidan de acrecer el amor del pueblo á la lectura de obras que, deleitándolo, le ilustren, como de acostumbrarle acatándolos, ensalzándolos, reverenciándolos, ante extraños y propios, á ensalzar, acatar y reverenciar á los grandes ingenios, gloria y orgullo de la patria.

Para difundir la cultura, ningún medio más rápido, más eficaz que las bibliotecas circulantes, la ofrenda gratuita de la lectura á domicilio.

Por miles se suman estas bibliotecas en Inglaterra, en Francia, en Suiza, en Alemania, en Bélgica—vamos, en Bélgica se sumaban antes de destruirlos los guerreros del Kaiser—en Italia, en Holanda, en los Países Escandinavos, en los Estados Unidos de América...

Basta, en esas naciones, que un ciudadano entre en la biblioteca y pida un libro, para que, dando las señas de su casa, se lo lleve á ésta y pueda leerlo en sus horas ó en sus minutos de ocio.

En algunas bibliotecas, no necesita cargar el lector con el tomo; un empleado apunta el nombre y habitación de aquél y le remite la obra.

Claro que, al principio de funcionar las bibliotecas circulantes, se perdieron muchos volúmenes. También se han perdido muchos barcos de guerra y se continúa haciendo escuadras; también se han perdido muchas batallas y se sigue sosteniendo ejércitos. Al presente, en las bibliotecas circulantes de los países antedichos, los libros no se pierden.

¡Bibliotecas circulantes aquí!... ¿Quién va á ocuparse de ellas, entre el elemento oficial? No queda tiempo para semejantes minucias; y si, alguna vez, merced á requerimientos altruistas, quiere hacerse algo, el propósito queda suspendido, como por imánico influjo, entre la voluntad y la ejecución.

Eso ha ocurrido, no hace mucho, en el Municipio madrileño. A instancias del ilustre escritor y erudito, don Ricardo Fuente, jefe de la Biblioteca Municipal, votaron los ediles cinco mil pesetas para ensayo de una biblioteca circulante.

Pensarán mis lectores que la biblioteca está á punto de inaugurarse ó inaugurada ya. Pues no. Las cinco mil pesetas, presupuestadas á tal fin, se aplicaron á otro capítulo. Sin duda al de Obras, para acrecimiento de adopciones.

Si de la vulgarización cultural, pasamos al respeto, á la reverencia que merecen oficialmente los grandes ingenios españoles, tampoco precisa salir del Municipio para tener opinión de ellas.

En la Biblioteca Municipal, existen, entre unas joyas literarias, los originales completos de los autos de Calderón. Escritos se hallan de puño y letra del poeta, con tachaduras, correcciones y notas, hechas por él también.

¿Cómo están esos originales? ¿Lujosamente encuadernados? ¿Expuestos, en vitrina, á la admiración pública?

Pegados á una pasta, que valdrá tres pesetas,

y metidos en un estante, para banquete de ratones.

Menos mal, que los sainetes de D. Ramón de la Cruz, ni en la Biblioteca están siquiera. Están en el Archivo, formando legajos, atados con balduque; al menos, así andaban ha poco. Puede que hoy, y con encuadernación parecida, ocupen sitio en el estante, donde se apollan los AUTOS SACRAMENTALES de don Pedro Calderón de la Barca.

Sin embargo de cuanto va dicho y de más que pudiera decirse, no es el responsable mayor de esas irreverencias el Ayuntamiento de Madrid. Dependiente vive del Estado y al vivir de éste se acomoda; en él toma ejemplo, como para otras cosas, para el amor de la cultura y para el respeto de nuestras reliquias históricas, artísticas y literarias.

De tales respetos, no fué mala ejemplaridad la ofrecida, por el Estado, al Municipio de Madrid, al realizarse la liquidación y almoneda de los inmuebles que guardaba el palacio de Osuna.

Vendidos al peso y ya cargándose en los carros del comprador, estaban los papelotes, no encuadernados del Archivo.

Por unos cientos de pesetas, los mercaba un trapero para dedicarlos á menesteres industriales ó á otros menesteres más bajos.

Con el trapero se iba el historial de ocho ó diez grandes casas de la alta nobleza española: una época de nuestra historia; y no de la historia falsificada, que nos sirven, en tomos lujosos, libros y editores, de la historia verdad, de la que consta en crónicas, privilegios y cartas, tal vez catalogados por don Francisco de Quevedo y Villegas, por el secretario de aquel Duque, que sólo fué grande en el soneto del caballero santiagués, señor de la Torre de Juan Abad.

Pues si no llega á tiempo un conocedor de los papeles y hace suspender la carga del archivo de Osuna, duerme aquella noche la histórica documentación en la barraca de un ropavejero.

Cuando á extremos tales llegan, con su incuria, los de arriba, no vale culpar á los de abajo de incuria y pereza.

JOAQUÍN DICENTA

UN NUEVO RETRATO DEL PAPA



CÁMARA

CURIOSA FOTOGRAFÍA DE S. S. BENEDICTO XV, HECHA Á PRIMEROS DE AÑO, Y QUE LE DA ARTÍSTICA SEMEJANZA CON LOS RETRATOS DE LOS ANTIGUOS PONTÍFICES

FOT. UNDERWOOD N. 3.

PÁGINAS POÉTICAS



SEVILLA

A la gran actriz Carmen Cobeña

Sevilla es como un nardo de alegría
abierto en el jardín de Andalucía;
Sevilla es todo aromas y blancura;
pone en la sangre ardor de calentura
y en los ojos relámpago de hoguera.
Sevilla es la corriente placentera
de un río, que entre márgenes floridas,
arrastra rosas y fecunda vidas.
Sevilla es como un trino de jilgueros
que, dentro de la jaula prisioneros,
aturden y ensordecen con su canto,
mitad de risas y mitad de llanto.
¡Sevillal... Vibración de luz que ciega;
nota encantada de encantada lira,
el río manso que tus huertos riega
y en cuyas aguas tu esplendor se mira.
ese tu río de pereza mora
que tiene transparencias musicales,
cuando se aparta de tu lado, llora
enturbando sus líquidos cristales.
Y hacia el mar van las hondas plañideras.
Dolor profundo su correr embarga;
y al dejar el amor de tus riberas,
su linfa, siempre azul, se torna amarga.
Ciudad que tienes corazón de flores
y sangre, como el vino, generosa,
rincón propicio á todos los amores,
cáliz fragante de encendida rosa,
¿qué encanto en tu recinto se deslía,
que todo canta en tí, todo sonríe,
cual si una eterna juventud, te hiciera
jardín de inacabable Primavera,
donde una fuente, de morisca traza,
de frescos caños y arrayán ceñida,
rimase, sobre el mármol de su taza,
el himno clamoroso de la vida?
Cuando te envuelve en resplandores rojos
el sol que abrasa tu cobalto cielo;
cuando se cierran de sopor los ojos
y hasta detienen su incansable vuelo
las aves asfixiadas en sus nidos,
bajo el fulgor de la calina grana;
cuando no se perciben más ruidos

que el del agua que ríe en la fontana
y el del obscuro moscardón que hiende
el aire en derredor de los rosales;
cuando en tu interna majestad se enciende
la hoguera de los días estivales,
y tus callejas son febriles venas
y tus jardines llamas de esmeralda;
cuando, restos de glorias agarenas,
se clava en los espacios, tu Giralda,
como una pica colosal de oro,
entonces muda, recatada y sola
muestra, Sevilla, el mágico tesoro
de tu triunfal donaire de Manola.
En tí palpita la majeza brava
de tus toreros y de tus mujeres;
como ellos, cauce de encendida lava
en las tragedias pasionales eres.
Como sus ojos y sus corazones,
tu espíritu es de fuego y de poesía
y sus idilios, como tus canciones,
tienen un dejo de melancolía.
Amas con ellos las ardientes horas
de siesta, bajo el palio de la parra,
y las noches de luna, evocadoras,
cuando, ébria de armonías, la guitarra
todo el impulso de la raza asume
y, en una loca vibración salvaje,
diluye, como un lírico perfume,
el alma musical de su cordaje.
Sientes con ellos y con ellos amas
la fiesta arrolladora de los toros,
visión bravía de sangrientos dramas
entre destellos de bruñidos oros.
La fiesta de los toros, luminosa,
que ciega, que derrocha valentía,
que es única, potente y vigorosa
igual que el corazón de Andalucía.
Y gustas á la par de tus toreros
de las coplas de amor, junto á las rejas
orladas de floridos jazmineros,
en el misterio azul de tus callejas.
Y como tus mujeres, las divinas
soñadoras del barrio de Triana,

tú también, en las noches cristalinas,
abierta la romántica ventana
de los idilios, oyes, temblorosa,
la trémula y riente serenata
con que, á la luna, sus amores glosa
de tu Guadalquivir el laud de plata.
Ríe siempre, Sevilla, y tiene sonos
de milagroso cascabel tu risa.
Canta siempre, Sevilla, y tus canciones
son perfume en las alas de la brisa.
Y tus cantos, tus risas, tus aromas
y las áureas fragantes que te olean,
como glorioso bando de palomas,
eternas, sobre tí revolotean.
Son tus cantores, tus amantes fieles,
que trajeron de tierras orientales,
para aromarte, ramos de claveles,
para cantarte, líricos panales.
Son tu carne fecunda como el rubio
trigo de tu campiña dilatada,
tu carne que es acorde y que es efluvio,
salutación de alondra y mies dorada.
Son los latidos de tu sangre, roja
como el mosto que guardan tus lagares,
besos en flor que para tí deshoja
la mano que disipa los pesares.
Son tú misma que cantas ó perfumas,
que viertes armonías y colores
con tu perenne claridad de espumas,
con tu vibrante corazón de flores.
Salve, Sevilla, milagrosa nota
de un pentágrama lírico escapada.
Salve, Sevilla, manantial que brota
en un desbordamiento de cascada.
Salve, Sevilla, la ciudad tejida
con pétalos de nardos y azahares,
que endulzas las miserias de la vida
con la sabrosa miel de tus cantares,
y, alegre como el eco matutino,
de una campana que replica á gloria,
¡tienes, en tu alma de jilguero, un trino,
y un rastro de grandezas en tu historia!

ALBERTO A. CIENFUEGOS

ECOS DE LA GUERRA

LAS CONSECUENCIAS

S EGUIMOS nosotros neutrales, y ello está muy puesto en razón, porque ¿á qué cuento meternos en honduras que de fijo nos acarrean el ahogo? Pero ¡ay! el vivir en neutralidad no ha de evitarnos las pesadumbres, trastornos y males acarreados por la lucha tremenda, que hoy pone espanto en el mundo entero. Podemos ser neutrales, pero no abstenidos. La abstención es imposible. Guerreros y pacíficos; combatientes y espectadores; países en lucha y países tranquilos, todos tienen un enemigo común y todos están destinados á inclinar la cerviz ante un mismo dueño: la miseria, señora en lo porvenir, de Europa.

Claro está que el terrible señorío no ha de ser duradero, pero mal consuelo para quienes lo sufran el pronosticar su condición de efímero. Las grandes desventuras tienen siempre los días contados: pestes, asolamientos, fieros males, pero los días que cuentan son en realidad horrosos; para cuantos sucumban en ellos, como si persistieran en la eternidad del Tiempo.

La miseria, será en efecto, la auténtica vencedora de la actual campaña, porque, basta repasar las cifras de las pérdidas cotidianas para apreciar debidamente la magnitud del estrago que se está produciendo desde el mes de Agosto.

Las naciones aliadas han gastado desde entonces 24.125 millones de pesetas. Así, en cifra exacta y abrumadora. Inglaterra es la que menos ha consumido, y hasta ahora empleó 6.375 millones; Francia, 7.125 millones, y Rusia, 10.625 millones.

Se lee y no se cree, pero el convencimiento se impone al repasar pormenores y detalles. Está averiguado que Inglaterra invierte en cada día de guerra millón y medio de libras esterlinas, que Rusia tiene cuatro millones de hombres en los campos de batalla y que á Francia le cuestan sus soldados las crecidísimas sumas ya apuntadas.

Alemania y Austria no gastaron tanto, pero también parecen fabulosas las cantidades precisas para sostener sus ejércitos. El Imperio alemán 10.625 millones y la monarquía Austro-Húngara 7.970 millones; en total 18.595 millones de pesetas.

Los pueblos beligerantes han disipado en un semestre, para sus respectivos ejércitos, 42.720 millones de pesetas. Calcúlese cuanto significa tal cantidad en riqueza positiva; lo que representa como esfuerzo del trabajo humano y de producción de la tierra. Más de cuarenta mil millones en recursos para que unos hombres procuren la muerte de otros; para sostener á legiones de criaturas dispuestas á exterminar á otras legiones de semejantes.

La sangría suelta de dinero es en verdad, por lo copiosa, increíble, pero la de sangre efectiva y real, es aún mayor. Los miles de millones se rescatarán en lo futuro, cuando la tierra que es ahora escenario para el drama de la barbarie, lo sea para las nobles obras de la bienhechora fecundidad y del productivo trabajo. Pero la sangre auténtica que se derrama, las vidas que se extinguen, esas nunca se recobran. Cuentan las estadísticas que Alemania ha tenido ya seiscientos mil muertos y setecientos mil heridos graves. Del lado acá de las trincheras, las pérdidas no son menores; las de Rusia son también crecidísimas y las de Austria incalculables. Entre todos los países han dado á la muerte millones de hombres jóvenes, llenos de esperanzas y de energía, que sucumbieron en la plenitud de su existencia y millones de heridos, acaso ya invalidados para seguir su camino por el mundo, en la indispensable compañía de la salud.

Y aún se oye la pregunta ¿quién va á ser la dueña de Europa, cuando termine la guerra? Pues, quien ha de serlo: la miseria, la terrible



Lo que resta del hermoso puente sobre el Oise, en Creil, y que fué volado por los alemanes en su retirada. FOT. HUGELMANN

miseria de la tierra, de los hombres que la cultivan, de los medios para transformar su producción y para difundirla por los ámbitos del mundo, convirtiéndola en riqueza, que es después de todo bienestar y poderío.

Esa miseria no quedará vencida en algunos años, porque no se reparará fácilmente el estrago tan espantoso. Los hombres de negocios, han averiguado que aún resta mucho oro en las arcas de los bancos nacionales de los países beligerantes. En 31 de Diciembre, tenían Alemania y Austria tres mil ciento treinta millones setecientos mil francos. Rusia, en la misma fecha, cinco mil millones; Inglaterra, dos mil ciento noventa y nueve millones ochocientos mil francos, y Francia, cuatro mil trescientos cincuenta y ocho millones. Aún hay dinero, aunque según se ponen las cosas, pronto se disipará el que todavía reposa, como reserva, en poder de las grandes entidades financieras.

Aún existen barras de oro y rico metal acuñado para ir sirviendo las apremiantes necesidades de los países beligerantes, pero ¿dónde está el indispensable para atender á los efectos inmediatos del destrozo de la guerra?

Las tierras asoladas que ahora se encuentran en barbecho sangriento; las fábricas inmóviles los talleres abandonados, proporcionan el fácil pronóstico de que cuando se inicie la paz, no podrá iniciarse á la vez con ella, el reposo de los pueblos, porque aun cuando se cierren las bocas de los cañones, continuarán abiertas las de los hambrientos.

En ciertas enfermedades, tan peligrosas como el mal mismo, es la convalecencia. La fiebre pone en riesgo la vida, devora al cuerpo en que hace presa y cuando por suerte se logra vencerla, el miedo no debe desaparecer, porque de tal modo queda débil, exhausto, dezauperado el paciente, que el más leve trastorno puede ser causa de su muerte.

La hora de paz, cuando concluya la lucha que ahora se prolonga, será momento de nuevos infortunios, pues los destrozos causados, las pérdidas sufridas, no se reparan de pronto ni aun en término breve. No sólo hay que curar desastres materiales, sino además los morales que

producen en la Tierra entera los acontecimientos presentes.

Pasará mucho tiempo hasta que renazca la producción en los países beligerantes y de nuevo su agricultura, su industria, su comercio sean como antes florecientes; pasará mucho también, hasta que las naciones neutrales se repongan de los quebrantos sufridos por el delirio de que son presa los pueblos directores del mundo; pero en unos cuantos años otra vez los campos serán fértiles y las fábricas productivas. La miseria inevitable del primer período se irá alejando de los lugares en que tuvo su imperio por su maldad humana; pero los destrozos morales, la miseria espiritual acarreada por la guerra de ahora, esa ¡Dios sabe lo que durará!

Se habían acumulado grandes riquezas de ilusión y de teorías; se hablaba del poder de las ideas que por su propia virtualidad pesaban más en el mundo que la fuerza bruta; eran las predicaciones fábricas de ensueños y las utopías campos donde se cultivaban bellos delirios. Toda esa riqueza se disipó: las fantásticas fábricas están arrasadas y los campos de ensueños han de verse estériles durante muchísimo tiempo.

¿Quién se atreve ahora á decir que la mayor fortaleza estriba en la razón y la mejor defensa en el derecho? Y si alguien lo dice, ya que á todos se lo dicta la conciencia, la realidad modificará sus palabras con la irresistible rectificación de los hechos.

Sí, padeceremos miseria física hasta que se restauren los males ahora causados, se limpie el suelo de ruinas y los hogares se pueblen para sustituir á las muchedumbres floridas que murieron con las armas en la mano; pero también padeceremos miseria moral, y esa menos visible y más duradera.

Los hombres sufrirán el doloroso desencanto de ver trocadas en mentiras las que ellos creían consoladoras verdades.

El rencor, la desconfianza, el egoísmo, sustituirán á sentimientos nobles que un día parecieron las musas inspiradoras del mundo, y estos males, han de prolongarse aún más que los físicos, porque los días y años de la vida física, son años y siglos en la espiritual.

Acaso dijera algún soñador recalcitrante que estas palabras son agoreras y es preciso tener fe en lo futuro, desechando pesimismo caprichoso. También de ese mal de los optimismos infundados hay que curarse. Los optimistas que no cifran sus esperanzas en lógicas deducciones de hechos son inconscientes que todo lo fían al milagro.

Los soñadores, los utopistas, los que cuando Europa vivía en paz, no dejaban caminar á la civilización por sus pasos contados, ansiosos de que las sociedades se lanzasen á una carrera vertiginosa, puede que cuando la lucha cese, intenten reproducir sus cantinelas de que sólo queda ahora como rastro el de estériles perturbaciones.

Y, entonces, será ocasión de preguntarles dónde estaban metidos cuando no había que oponerse al buen orden y á los razonables gobiernos, sino al bárbaro empuje de la codicia poderosa.

La miseria va á ser señora del mundo durante algún tiempo; impedirla no es posible, sí lo es atenuarla. Lo mismo para la física que para la moral, el primero de los remedios es atenerse á la realidad y oír sus lecciones. Ni desfallecimientos inútiles ni esperanzas líricas. Hay que desentenderse de cuantos aconsejaren el suicidio y de cuantos quieran calmar el hambre de lo positivo con fantasías y quimeras.

J. FRANCOS RODRÍGUEZ



ARTISTAS ESPAÑOLES

JUAN FRANCÉS Y MEXÍA



Un aspecto del estudio del notable pintor Juan Francés

El nombre de Juan Francés es uno de los más populares del arte español contemporáneo. Y no porque se cuide el artista como tantos otros de hacerle más bullir y sonar por sus personales exhibicionismos ó por su intervención más ó menos directa en exposiciones, tribunales de oposiciones, concursos y camarillas de la corte. Esta popularidad se debe á muy cerca de veinte años de un trabajo constante, sin desmayo alguno, en todas las revistas ilustradas importantes que se han venido publicando durante ese lapso de tiempo. Acaso esta colaboración asidua, este trabajo, si bien reproductivo un poco esclavizador, le haya impedido demostrar hasta qué punto lo que á él parece lo importante es lo secundario, y que antes de ser un buen ilustrador editorial, un notable cartelista, es, sobre todo, un buen pintor.

Juan Francés y Mexía pertenece á una familia de artistas. Hijo de aquel inolvidable D. Plácido, autor de obras admirables, sobrino del verdadero maestro de toda la pintura española actual, D. Emilio Sala, es hermano también de Fernanda y Trinidad Francés, excelentes pintoras, del arquitecto D. Plácido y del doctor D. Luis, que alterna la medicina con los pinceles.

Sin embargo, Juan Francés ha sido de todos los hermanos el que ha consagrado por entero su vida al arte y el continuador de la obra importantísima de su padre.

Este y Emilio Sala fueron sus dos maestros. Bajo la dirección del



JUAN FRANCÉS

último, trabajó en París durante los años de 1895 á 1898, cuando todavía era casi un niño. La orientación estética de sus maestros no se ha borrado en él. Sus cuadros tienen esa honradez sincera y noble tan ajustada al natural que caracterizaba á los artistas de últimos del siglo XIX. En su estudio he visto la nota de un patinillo, pintado á los quince años, que es un verdadero prodigio y que «sabe» á lo mejor de Emilio Sala.

Pronto comenzaron para él los triunfos. En un concurso de la revista *Apuntes* — que fué en España la precursora de las publicaciones artísticas — obtuvo el primer premio y medalla de oro. Otro primer premio consiguió también en un reñidísimo concurso de planas en color de *Blanco y Negro*. Esto le encauzó hacia la ilustración editorial y periodística que todavía no ha abandonado del todo.

En 1897 obtuvo tercera medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes. En 1899 segunda medalla por un cuadro que cristalizó el dolor de España estremecida aún por el terrible desastre colonial. Todos recordaréis aquel lienzo. Se titulaba *1898* y era una escena de hospital militar. Varios soldados convalecientes, maculados por terribles dolencias ó desangrados por crueles heridas, se agrupaban en torno de uno de ellos que, acompañándose de una guitarra, cantaba lánguidas guajiras. Era un lienzo pleno de amargura y de melancolía que no se puede olvidar tan fácilmente... Dos años después, en 1901, volvía á obtener otra segunda medalla

por el cuadro *La edad de oro*, que representa el discurso de Don Quijote á los cabreros y obra también muy notable por varios conceptos.

Desde entonces, Juan Francés se limita á hacer acto de presencia en las exposiciones nacionales.

El profesorado y su colaboración asidua en periódicos y revistas le absorben por entero el tiempo.

Sobre todo la enseñanza. Profesor auxiliar de la clase de dibujo del Antiguo y Ropajes en la Escuela Especial de Pintura, Escultura y Grabado; profesor de dibujo del Instituto de Soria; profesor de dibujo del Colegio Alemán; profesor de término de dibujo artístico de la Escuela de Artes y Oficios de Madrid, en cuyo concurso de provisión de la plaza se presentaron contrincantes del prestigio y renombre de D. Ignacio Pinazo.

También ha conseguido primeros premios en los concursos de carteles artísticos del Círculo de Bellas Artes, de la Casa Amaré y de la Industrial Madrileña.

ooo

Juan Francés y Me-

xía se encuentra en la plenitud de sus facultades. Se acerca á la madurez fecunda de la segunda juventud.

Afanzado ya en la vida, mira hacia atrás

el camino recorrido y sonríe entre satisfecho y melancólico.

Acaso vuelva ahora á luchar de un modo más directo en las exposiciones nacionales. Sin rectificar los valores estéticos ni técnicos de su arte, diríase que su pintura se amplifica, se renueva.

do modelo del moderno aspecto de la pintura de Juan Francés.

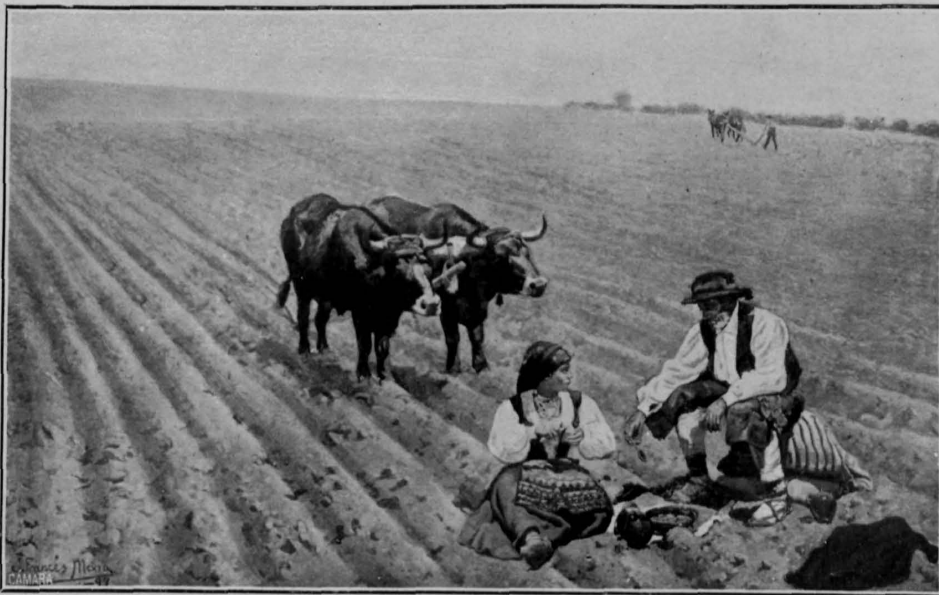
Con idéntica maestría cultiva el retrato. Actualmente hemos visto, apenas comenzado, en su estudio, uno bellísimo de la ilustre trágica María Guerrero. Representa á la actriz de pie, envuelta en la negra blonda de la mantilla, en una actitud gallarda que recuerda la del retrato de la Reina María Luisa, del maestro Goya.

Y al lado de este retrato—que será notabilísimo—un cuadro alegre, rico y experto en valoraciones, titulado *En el camerino*, que ha sido un gran éxito en Alemania recientemente y que también lo será en la próxima Exposición Nacional, impregnado, como está, de una voluptuosidad elegante y refinadísima y porque en él ha resuelto el artista, felizmente, un difícil problema de técnica.

Tal es, á grandes rasgos, la personalidad artística de Juan Francés y Mexía que, lentamente, sin precipitaciones y exhibicionismos, ha ido conquistando prestigiosos triunfos y ha impuesto su nombre sobre sólidas bases

de popularidad. Personalmente es un hombre afable, modesto, simpático en el trato, que una cultura poco usual ha enriquecido.

S. L.



"EL DESCANSO DEL MEDIO DÍA"

Cuadro de Juan Francés, premiado con tercera medalla en la Exposición Nacional de 1897



"1898", cuadro de Juan Francés, premiado con segunda medalla en la Exposición Nacional de 1899

PINTURA CONTEMPORÁNEA



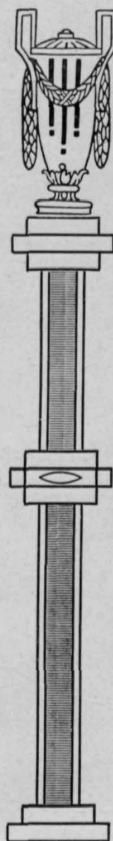
UNA MADRILEÑA

Cuadro del laureado artista Juan Francés



Leonardo el Moro, su imperio tenía
sobre una galera de piratería.
Temían los reyes su vela moruna,
que el sólo monarca del mar era él,
cuando al azulado claror de la luna
flotaba en la prora su blanco alquicel.
Era el renegado, corsario y poeta,
porque en los remansos de su vida inquieta,
tejió sonetos y trovas galanas
á las más gentiles damas italianas.
Bello y bravo, tuvo la amable aureola
de los amoríos y la valentía;
retó al Papa Borgia, mientras se reía
de los anatemas de Savonarola.
En el mar latino su reino tenía
sobre una galera de piratería.

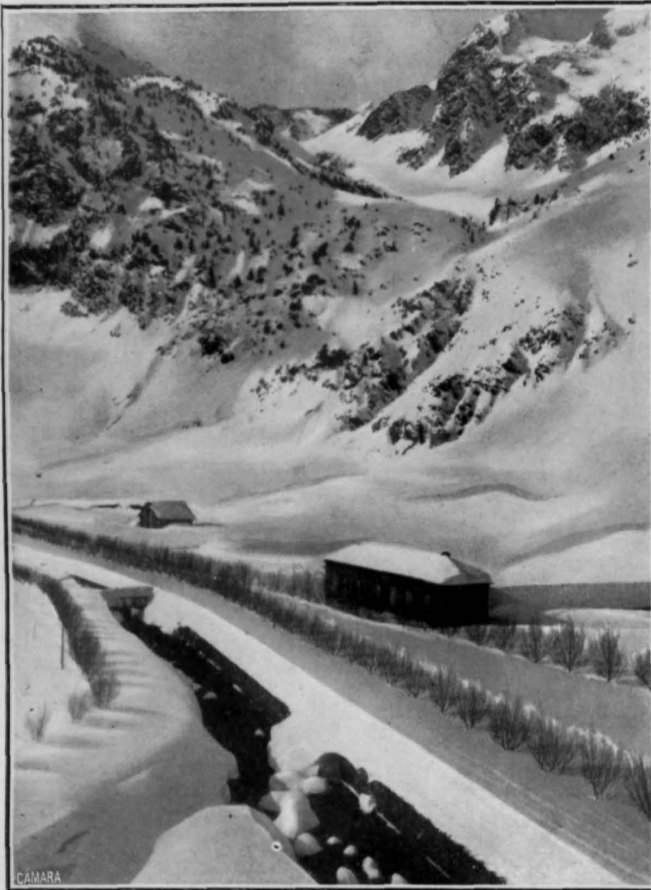
A vuelo tocaban en los campanarios,
corrió por las ruas la nueva fatal:
—¡De Leonardo el Moro, los negros corsarios
asaltan el blanco palacio ducal!—
Tapices de Esmirna, sedas de Turquía,
de las dogaresas el regio tesoro,
oro refulgente, rica argentería
pasó á la galera pirata del Moro.
Pero Leonardo, desprecia el botín,
y junto á la muerte y el incendio, besa
la boca fragante de rubia duquesa,
allá en el secreto de su camarín...
Cuando el oro pálido del Oriente asoma,
ya va la morisca galera, lejana,
y una mano blanca, como una paloma,
un adiós le envía desde una ventana.



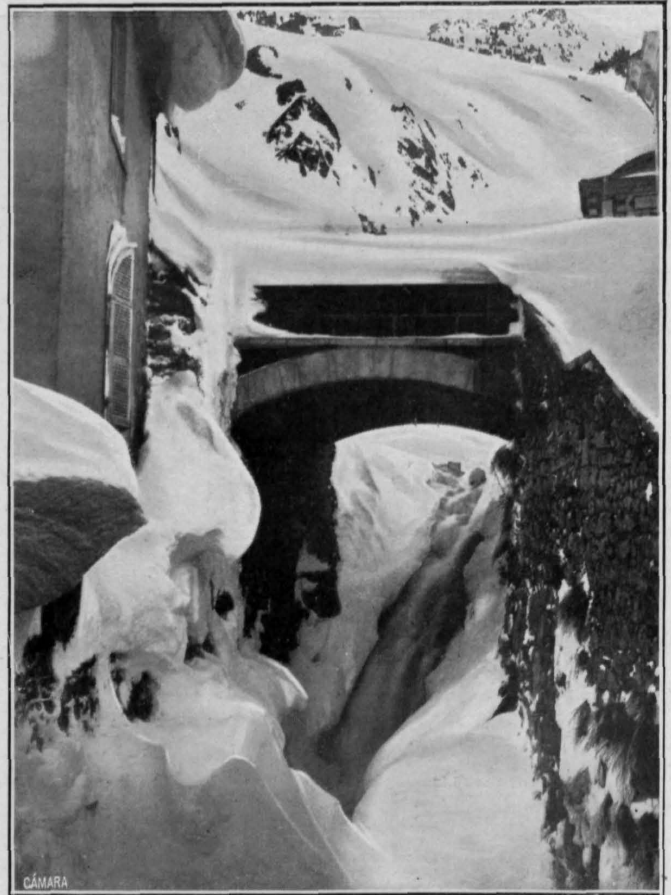
Se oyen de la música los ritmos triunfales,
el Borgia, cruel, sonríe en su asiento;
flamean las púrpuras de los Cardenales,
bellos y atildados, del Renacimiento.
De dolor transidas y desmelenadas
cien mujeres cercan su silla de oro:
—¡Piedad para el Moro!—dicen las cuitadas,
de amor encendidas.—¡Perdón para el Moro!
Cautivo el pirata de adversa fortuna,
todas sus amantes suspiran por él.
¡Ya no verán nunca, brillar á la luna,
su rojo turbante, su blanco alquicel!
Pero César Borgia no perdona, en vano
le besan, llorando, las vestes papales.
¡El Papa, inflexible, grave y cortesano,
pasa entre el cortejo de los Cardenales!

Mientras en la plaza se eleva el tablado,
el negro patíbulo que al cautivo espera,
todas sus amantes, por él, se han cortado
el tesoro egregio de su cabellera.
Blancas venecianas, rubias florentinas,
dulces, generosas y ardientes romanas
—la flor de las nobles princesas latinas—
envuelven en tocas sus frentes galanas.
Y toda la noche las miró la luna
tejiendo una cuerda áurea, roja, bruna
ofrenda, abnegada, de llanto y de amor,
para su belleza, para su valor...
Tal vez el pirata, á la luz mañanera,
se ahorcó con la cuerda de trenzas galanas,
el dogal tejido con la cabellera
de las más gentiles damas italianas.

E. CARRERE



Uno de los picos más elevados en el Pirineo español



Puente de la fuente del Higado, en Panticosa

LA POESÍA DE LAS NIEVES

Fué siempre la nieve blanca é impoluta vestido de gala para los montes altos; ornato de los árboles esqueléticos retorcidos bajo el cielo gris como en convulsiones de agonía; bruñido espejo donde el beso del sol se reflejaba con brioso ímpetu devolviendo centelleantes relámpagos de luz; gran niveladora de las desigualdades naturales, ya que á su amparo se confundía la verde lozanía de la pradera, con la hostil aridez del yermo; la planicie, con la sinuosidad; el valle plácido, con el barranco peñigroso. A la aparición de la nieve se ha buscado siempre el tibio ambiente del hogar, la chimenea crepitante como un infierno donde los espíritus del mal bailan el fantástico aquelarre de las llamas nerviosas.

Los poetas, eternos soñadores, nos han pintado bellos cuadros de amor y de constancia sobre el fondo immaculado de monótona blancura y nos han dicho con ténues palabras sutiles, como gemidos de dolor, las tragedias que cubre el manto frío, sepultura inclemente del errante desorientado en la inmensidad de la estepa por donde avanza fatal y trágica la siniestra figura de la Muerte...

Ya pasó ese tiempo romántico y sentimental. Ya no se huye de la nieve ni se teme su caída. La silueta gentil de la castellana, de pechos sobre el alfeizar del gótico ventanal, indiferente al pasar de las horas, con la mirada perdida en los empañados horizontes y el corazón puesto en el amado ausente, está sustituida por la gallardía de la alpinista audaz, valiente competidora del frío, que vestida con el blanco jersey y el simpático gorro puntiagudo de lana, pone sobre los montes desamparados y agresivos la nota de su alegría y el tesoro imponderable de su juventud y su belleza.

Los parajes de nieves perpetuas se consideran en los tiempos nuevos como inagotables canteras de salud. Sobre ellos se planean grandes edificios donde la moderna terapéutica reúne copiosos materiales de defensa contra el mal, y siembra, en el desconsolado vivir de los incurables, la misericordiosa semilla de una esperanza.

Desaparecido el temor que la leyenda y el abandono ponía sobre los campos nevados, se buscan por la generación actual para fortalecer el cuerpo y regocijar el espíritu; para abstraer-



Vista panorámica de la sierra

se en la contemplación del espectáculo que brindan, ó para ascender á los elevados picachos que coronan las nubes y abandonarse desde la altura en los brazos de una temeraria descensión vertiginosa que sujeta la respiración, contrae los pulmones y bruñe la piel con el áspero resbalar del aire delgado y sutil como un filo de hielo.

Una bien organizada propaganda, eficazmente servida por la sabiduría de los fotógrafos, que han buscado los sitios más pintorescos para divulgarlos por el mundo, lograron para Suiza un gran renombre como país pintoresco, donde se reunían los mayores amantes de la nieve. Venero inagotable de riquezas han encontrado un sanatorio y sus grandes hoteles en las enfermedades de los poderosos y en la amable inquietud



El Libon en las montañas de Panticosa

de los turistas. Y sin embargo, ni sus montes más nombrados, ni sus más temibles desfiladeros, ni sus taludes más temerarios, pueden competir en belleza natural, con los agrestes atractivos de Guadarrama, los lindos panoramas de Gredos y las imponderables sugerencias de Panticosa y los picos de Europa.

Los clubs alpinos predicán con el ejemplo, buscando en los abrigos de la sierra lugar seguro para el descanso en los días de nieve, que hacen gozar las delicias del arriesgado deporte del invierno.

Del alpinismo ha nacido un nuevo aspecto romántico y pasional que sustituye el viejo laud del trovador esclavo por el *skis* triunfal, cantor de la poesía de las nieves con modernas y cálidas estrofas.

Rogelio Pérez Olivares



Vista general del pueblo de Panticosa, sepultado en la nieve

FOTS. L. CEPERO



CUENTOS ESPAÑOLES

LA HIJA DE LOHENGRIN

La madre de Marujita, doña Obdulia Pérez de Castrillón, viuda de García de Castrillón, velaba por el honor de su hija, con celo perseverante.

¡Y cuidado que era penosa la tarea de ir sacando inmune el candor de la chica entre aquel fragor de acometividades!...

Porque no se ha dicho todavía que Marujita era corista del Real, nada menos que de la *cuerda* de sopranos, y además la más joven de todas las de la fila...

De creer á doña Obdulia, la muchacha había caído en el *coro de señoras* desde una altura social casi imperceptible á simple vista; sólo la imaginación de la ponderativa señora, en funciones de potentísima lente, podía apreciar la distancia entre el lugar en que á la sazón se encontraban madre é hija, y aquel otro en que se aposentaran *antes de la caída*, como decía la viuda de García de Castrillón.

Y esta megalomanía de tiempos pasados, que padecía con terribles exaltaciones la madre de Marujita, era la coraza que oponía, al menor conato de desliz de la niña; aunque en opinión de los maldicientes tanto la utilizara para velar por la estirpe de los Castrillones, cuanto para conservar, con el honor de la corista, las cinco pesetas que esta ganaba y que constituía el único sostén de ambas.

Era, pues, doña Obdulia, veto y muralla que detenía las travesuras de la niña y la audacia de sus galanes, aunque sólo fuera más allá de los muros del escenario, ya que en este lugar no ejercía su influencia la sombra de los Castrillones.

En escena, detrás del telón, mientras preludiaba la orquesta, ó del forillo cuando *no tenía que salir*, se revelaba Marujita tal cual era: una monerita de travesura y de gracia.

Desmedradilla de cuerpo, viva y enérgica de expresión, su alegría, entre inocente y maliciosa saltaba en risas alocadas en sus labios y encendía en sus ojillos, negros y brillantes, todas las luminarias de la juventud ávida de sensa-

ciones. A las frases audaces que alguna vez hasta parecían herir con traumatismo sus oídos, ponía Marujita un comentario de rubor; pero de rubor equívoco...; nunca podía adivinarse si era la niña la que se enojaba por el ataque brusco é insólito, ó la mujer á quien cosquilleaba sensiblemente el atrevimiento...

Marujita no era una belleza, ni mucho menos; pero su carita tenía tonalidades cálidas, sus ojillos eran vivos y rientes, sus proporciones, graciosas...

Por las noches, acabada la función, la aeronave de las grandezas de doña Obdulia aterrizaba en el misérrimo sotabanco de la calle de la Redondilla, que le servía de vivienda. Después de frugalísima cena, se acostaban... La niña, con los ojos fijos en el techo refa sus esperanzas en el mañana...

La madre dormíase enseguida y veía entre sueños un grupo de caballeros de reluciente armadura y floreado casco, que empuñando el alto mandoble con la siniestra mano, levantaban la derecha á la altura de la caída visera, como si increparan amenazadores á una muchedumbre de lindas muchachas que vestidas de *Elsa, Selika, Iseo, Aida, Margarita, Leonora, Gilda, Tosca, Elvira, Norma, Gioconda, Zerlina*, etcétera, recibían en pleno rostro la luz deslumbradora de la batería de un inmenso escenario...

Los caballeros llevaban en el brillante peto el lema de los Castrillones... Las muchachas tenían todas la regocijada cara de Marujita.

ooo

Llegó Semana Santa y el Real cerró sus puertas. Cantantes, músicos, coristas..., todos los que durante cuatro meses vivieron al amparo de la afición de los madrileños á la ópera, salieron una noche del viejo caserón, despidiéndose hasta el año próximo.

Las *primeras partes* tenían su vida asegurada... Los otros... Los hombres aun se defendían de la escasez con las *capillas*, cantando en las iglesias; pero ellas... las infelices coristas,

¡como no hubiera alguna *formación* para provincias!...

Y en esta situación se encontraba Marujita, cuando una tarde l' amaron á la puerta de su casa.

Era «un compañero», encargado de formar el coro de la compañía para el «San Fernando» de Sevilla, durante la famosa feria... Se contaba con ella... Pero la empresa no concedía más que un billete de ferrocarril, el suyo... Doña Obdulia tenía que quedarse en Madrid.

La miseria, que ha derrumbado tantas fortalezas, ¿no había de rendir aquélla que tenía por frágil cimientó una tenue sombra; la sombra de los Castrillones? La pobre viuda lloró durante muchas horas que parecían inacabables; pero la escasez, tan cercana que ya afligía con sus torturas á aquellas desgraciadas, redujo las grandezas de doña Obdulia á humillante realidad... Tomó las cincuenta pesetas del *préstamo* y convencida de que la marcha de Marujita aseguraba su pan y su vivienda, por tres meses más, vió con resignación cómo partía de Madrid la descendiente de los Castrillones encajonada en un vagón de tercera con las demás *señoras* del coro.

La llegada á Sevilla fué para la joven corista como un encantamiento... Jamás había sentido una impresión de vida tan fuerte, tan sana, tan intensa...

Y luego, la novedad de verse sola en aquel ambiente diáfano, luminoso, cálido y perfumado de la hermosa capital andaluza.

Madrugaba; era entusiasta de aquellas mañanas en las que la luz parecía desgranarse sobre su diminuto cuerpo... Estaba loca de alegría.

Todas las tardes, al salir del ensayo, vagaba por las calles y llegaba en su vagar hasta el campo, siempre acompañada de Claudio, el *tenorino* de la Compañía, un joven malagueño *sembrado* de simpatía y experimentadísimo en empresas de amor. Era un artista modesto, aunque él dijera siempre que su voz, extensa y brillante, en los agudos, tenía el mismo *color* que la de Massini...

Marujita se fué aficionando al malagueño más de lo que doña Obdulia hubiera tolerado, de hallarse presente, y Claudio, percatándose de la simplicidad de la niña en achaques de amor, apretó el cerco y logró cautivarla de tal suerte que la convirtió en su juguete amoroso... Y así rompió el encantamiento de aquel idilio y el de los felices ensueños de Marujita, con la torpe grosería del seductor...

Y una tarde, en Eritaña, la sombra de los Castillones que rondaba vigilante la famosa venta, huyó, avergonzada y ahita de dolor, por los campos sevillanos, abismándose para siempre en el fondo del Guadalquivir...

ooo

Cuando Marujita abrió la puerta del sotabanco de la calle de la Redondilla, una voz doliente se escapaba del fondo de la única alcoba de la casa... Doña Obdulia se moría de soledad, de tristeza... y de una pulmonía doble.

En los dos días que antecedieron al de su muerte, la infeliz señora, ignorante de la desventura de su hija, recomendó mucho a ésta su perseverancia en la virtud, siquiera en holocausto a su preclara estirpe.

Ya sola, Marujita pensó en llorar su desgracia... ¿El seductor?... Sólo sabía que estaba en América.

Y al fin llegó el día, tan deseado y tan temido, al mismo tiempo, de ocupar de nuevo su puesto en la *cuerda* de sopranos del Real.

Siguió triunfando por su jovialidad infantil hasta el día en que la maternidad, en vez de ser florecimiento de vida y renovación de esperanzas, fué para la pobre corista depresión de fuerza física y anímica, agostamiento de los benditos frutos de juventud: salud y alegría.

Empalideció intensamente, empañáronse los claros cristales de sus ojillos negros, secáronse y enmudecieron sus labios... Toda ella parecía haber penetrado ya en la senda dolorosa y sombría que conduce a la muerte... Iba a los ensayos con la pequeñita siempre en los débiles brazos... Todos acariciaban a la niña, a quien se había puesto el nombre de Carmen, por haber nacido en una noche en que se hacía en el Teatro la obra de Merimée que inspirara a Bizet tan bellas melodías.

La piedad de todos causaba nuevos pesares a Marujita, que hubiera querido despertar en los demás otros sentimientos de fortaleza: odio, en-

vidia... El espíritu de doña Obdulia se renovaba tardíamente en su hija.

Y así transcurrieron muchos días... Marujita faltaba a los ensayos, y por las noches veíase vacío su puesto en la *cuerda* de sopranos...

De su figura, de aquella figura interesante é inquieta de otros tiempos, no quedaba sino el recuerdo...

ooo

Una noche se cantaba *Lohengrin*.

El tenor era español. Había hecho famoso su nombre en teatros de Europa y América, y realizaba el sueño de toda su vida de artista triunfando en la escena del primer teatro de su patria.

Carlos Alarcón—así se llamaba—tuvo una noche gloriosa... Los espectadores de palcos y butacas, puestos en pie, le aclamaban con frenesí... En el *Paraíso*, el entusiasmo de los *dilettanti* producía un clamor indescriptible... Muchos subieron al escenario a abrazar al portentoso artista.

Por la amplia escena no se podía dar un paso... En la sala, el público siempre aplaudiendo parecía no querer abandonar el teatro.

Gayarre había tenido digno sucesor.

Una avalancha de entusiasmas llevaba al tenor casi en vilo hacia su cuarto... En la calle, los comentarios producían un rumor de mar embravecido...

El coro se había replegado hacia las últimas cajas de bastidores, desde donde presenciaba con emoción la magnífica escena de triunfo del artista español.

Momentos después, acongojada y jadeante, llegaba al cuarto del coro de señoras una mujer que llevaba en sus brazos a Carmen, la hija de Marujita... Contó la dolorosa, tristísima, escena que acababa de producirse en el misérrimo sotabanco de la calle de la Redondilla... La infeliz corista acababa de morir...

Las compañeras de la pobre Marujita acogieron a la desventurada criatura con sollozos y caricias... ¿Qué hacer con la desdichada niña? ¿Cómo dejarla en el desolador abandono en que se encontraba desde unas horas antes?

Carmencita, en su inconsciencia, sonreía a todos con esa inefable expresión que Dios pone en la risa de los niños: mitad súplica y mitad esperanza.

Lo primero, lo perentorio, era encontrar una

mano que se tendiera protectora hacia la huérfana.

La caridad, que inspira fortaleza y heroísmo, puso en el corazón de aquellas mujeres, valor para buscar en el mismo momento lo más apremiante.

Casi en tropel, con la niña en brazos, fueron en busca de los artistas... Todos los cuartos estaban ya cerrados...

Sólo se veía luz en el del tenor. Llamaron, se abrió la puerta y entraron...

Alarcón, que saboreaba su triunfo en la intimidad de los amigos, acogió a las coristas cariñoso y sonriente.

¡Con qué interés escuchó el gran artista el doloroso relato que atropelladamente y quitándose las palabras de la boca unas a otras le hicieron de la sombría orfandad de Carmencita!...

Enternecido, Alarcón besó a la niña, contemplándola piadoso y emocionado... Después, dirigiéndose a todas, dijo:

—¡Qué tristeza!... Esta niña que experimenta inconsciente la mayor desventura de la vida en los momentos más felices y gloriosos de mi carrera artística, no debe quedar abandonada al Destino que tan cruel se le muestra... Este extraño contraste de dolor y de dicha que presenciamos, pone en el corazón del dichoso un propósito que es una promesa... Yo ampararé mientras viva a esta criatura...

—¡Pobrecilla!... Sin padres... sin nombre...—añadió una de las mujeres.

Y Alarcón, que aún no se había despojado del bruido casco lohengrinesco, se destocó de él y suspendiéndole sobre la rubia cabecita de la huérfana, exclamó con voz vibrante de emoción y solemne tono de profecía:

—Yo te daré un padre de gloriosa estirpe, hermoso, cristiano, puro, heroico, amparador del débil, consuelo del doliente, defensor del inerm... Su raza es divina; su nombre inmortal... Serás *La hija de Lohengrin*.

Y al inclinarse hacia la atónita criatura para sellar con un beso la santa promesa, las lágrimas del gran tenor se confundieron con las que, un sentimiento instintivo de gratitud, hacía brotar de los ojos de la hija de Marujita.

N. RODRÍGUEZ DE CELIS

DIBUJOS DE VARELA DE SEIJAS



LOS FUNDADORES DE ESTADOS



AFGANISTAN == AMED CHAH

El Afganistán, como Estado independiente, sólo data de mediados del siglo XVIII.

Antes de esta fecha su suerte fué unida siempre á la de las demás regiones circunvecinas que situadas, como él, al paso de los pueblos del Asia central que invadían el Occidente, pasaban de manos de unos á las de otros conquistadores que, expulsando á los primeros, quedaban dueños de la región ocupada anteriormente por los que les habían precedido.

Así fué como en remotas épocas formó parte de los imperios de Ciro y de Alejandro Magno, siendo luego teatro de las luchas producidas por las invasiones de los partos y escitas. En el siglo VII fué sometido por príncipes indios que hubieron de ceder su puesto á los emires de los califas de Oriente. En los siglos XI al XIII formó parte del imperio indo-persa de los Ghaznevidas y durante los siglos XVI y XVII, bajo el yugo de los mogoles, fué asolado y tiranizado hasta que los persas acabaron con el poderío mogol en el Afganistán.

ooo

A principios del siglo XVIII Nadir Chah, soberano de Persia, sometió la poderosa tribu afgana de los abdalís, que era la poseedora de más extensos territorios en el Herat, no sin verse obligado á sostener una tenacísima lucha con ella; pero derrotados completamente los afganos se resignaron á someterse al vencedor, y hasta le ayudaron con numerosos contingentes de caballería, en la guerra que el soberano persa sostuvo contra Georgia. Nadir en justa recompensa á sus servicios les cedió una gran parte del territorio situado al O. de Candahar, y colmó de dádivas á sus caudillos.

Uno de los jefes que más se distinguió en esta expedición militar, fué el valeroso Amed, hijo del *semán* ó jefe de los abdalís, el que andando el tiempo debía ser fundador del actual imperio de Afganistán.

Había nacido en 1724, y servía en el ejército de Nadir en calidad de macero (*asaberdar*), acompañando al monarca persa en todas sus campañas.

En 1747, al ocurrir el asesinato de Nadir en el Kurdistan, los contingentes de tropas afganas se unieron á los usbeckos y atacaron, de común acuerdo, al ejército persa, sosteniendo ambos ejércitos un largo y encarnizado combate que no fué decisivo para ninguno de ellos.

En vista de este resultado, Amed decidióse á dar un golpe de audacia, y reuniendo á toda la caballería afgana, atravesó el Corassan á marchas forzadas y llegó á Candahar, tan oportunamente, que consiguió apoderarse del valioso convoy que conducía los tributos que la India pagaba al soberano persa.

A continuación de esta victoria, proclamóse Amed emperador, reunió bajo su mando á todas las tribus afganas que le aclamaron como soberano, y fundó la unidad de su patria. Organizó el ejército y montó la corte á imitación de la del difunto Nadir, y para mejor atraerse á los principales jefes, distribuyó los altos cargos palaciegos entre los abdalís, declarándolos hereditarios; confirmó á todos en la posesión de las tierras que venían ocupando, no imponiéndoles otra obligación que la de proporcionarle un contingente de caballería, de carácter permanente, con el que formó su guardia.

Adoptó el título de *Dor Doran* (perla del tiempo), debido á lo cual, se designó á su rama, lo mismo que á los afganes, con el nombre de Durani. Reorganizados sus estados, emprendió con nuevos bríos la conquista de las regiones fronterizas. En 1748 sometió la Galtsha, conquistando á continuación Chazni, Cabul, Dsche-lalabab, ocupó Lahor y Multán, obligando posteriormente al gobernador del Penjab á pagarle tributo. Encaminóse más tarde hacia el O., apoderándose en 1749 de Herat y al siguiente año de Nischapur, sometiendo completamente, des-

pués de estas victorias, el Corassan y el Seistan.

Mediante un convenio establecido con el imperio de Delhi, ocupó la región del Pendjab juntamente con las provincias fronterizas del E. hasta Sirhind, y en 1752 se incorporó la Cachemira á sus estados. Tras breves años de reposo volvió de nuevo á emprender la guerra con el imperio del Gran Mogol, conquistando y saqueando en 1756 á Delhi, su capital, y apoderándose de los inmensos tesoros que por largos años habían coleccionado en sus palacios los emperadores indios.

En 1760, con motivo de una nueva campaña, repitió el saqueo de la ciudad india, entregándose sus tropas á execrables excesos durante varios días, y dejando triste memoria de su paso por Delhi.

Al año siguiente declaró la guerra al entonces poderoso imperio de los maharatas; consiguiendo, tras breve y feliz campaña, derrotarles completamente en las inmediaciones de Panipat. (6 de Enero de 1761).

Al morir en Candahar en 1771, dejó á su hijo y sucesor Timur Chah un vastísimo y bien organizado imperio, que comprendía además de los territorios del actual imperio de Afganistán, las provincias conquistadas en sus campañas contra la India y la Persia.

La dinastía por él fundada se mantuvo en el trono hasta bien entrado el siglo XIX, en que sangrándose sus últimos príncipes, con interminables guerras civiles, pasó el imperio á manos de los Barakzai, antiguos visires de la monarquía Durani.

Los historiadores modernos le consideran como un soberano justo y generoso, verdadero padre de sus vasallos, que lloraron la pérdida del querido príncipe que había logrado, con su esfuerzo, fundar y sostener un imperio poderoso y sabiamente organizado.

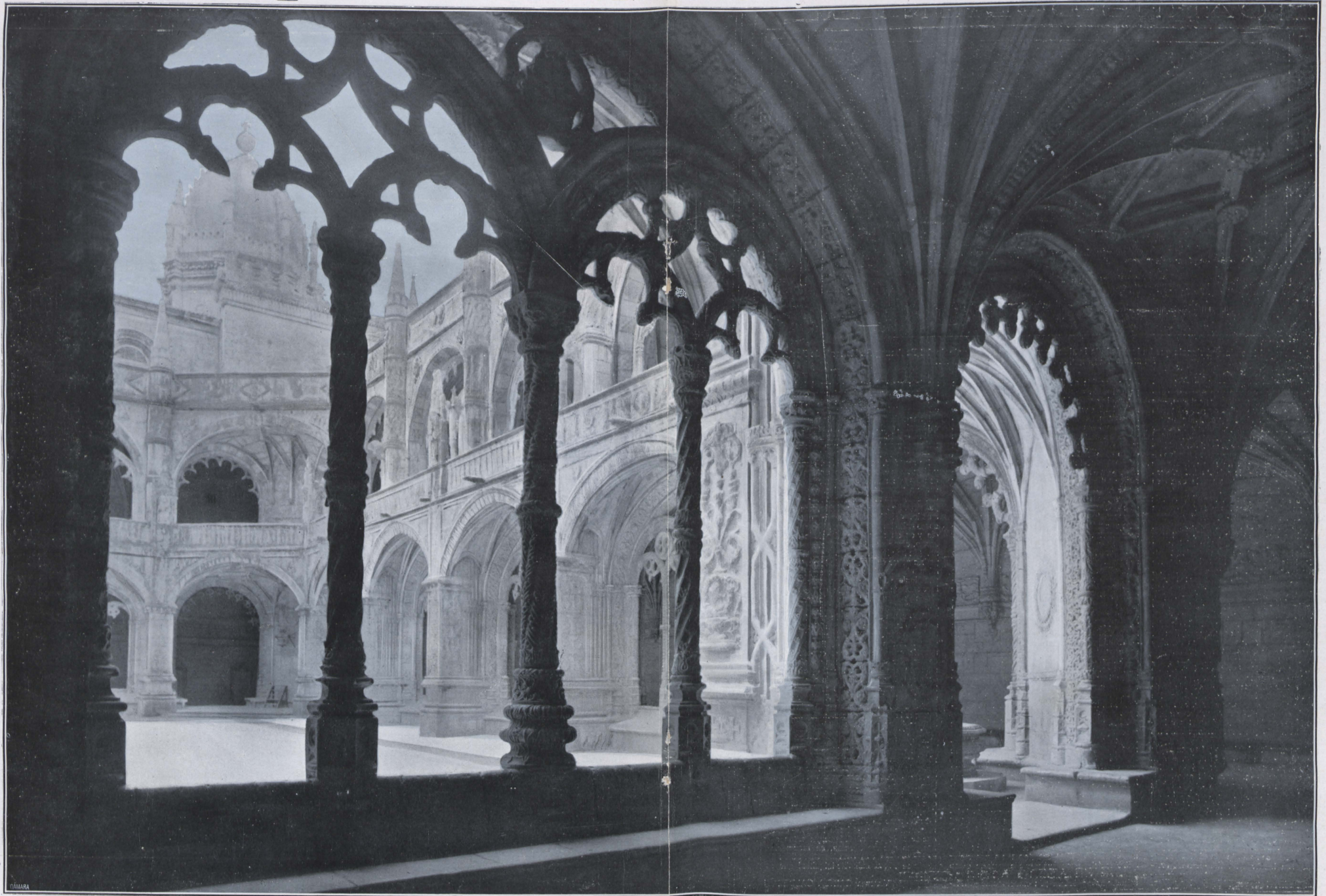
C. URBEZ

MONUMENTOS ARTÍSTICOS DE LISBOA



INTERIOR DE LA IGLESIA DE LOS JERÓNIMOS

FOT. ALVAO



Claustro y patio del convento de los Jerónimos, de Lisboa, uno de los monumentos más notables de la capital portuguesa

FOT. ALVAO

CARNE DOLIENTE



La hora del te en la ambulancia que ha instalado la familia Pereire en su lujoso palacio del Faubourg St. Honoré, de París. En medio del grupo, el famoso cirujano Dr. Sebillot

DESDE la frontera, se nota acerbamente la mudanza. En esas estaciones claras, bucólicas--sonoras antaño de carcajadas,—ya no se ríe. Los hombres callan en grupos y una mujer enlutada pasa. Por las ventanillas de ese convoy detenido un instante, salen cabezas de cera á agradecer la taza humeante de café ó el cigarro que les ofrecen damas vestidas de blanco. Una gravedad más conmovedora que las lágrimas, está en el rostro de este soldado que besa largo rato á una vieja aldeana lívida. Pero en ninguna parte vemos la tragedia como en cualquier ambulancia de París.

Merced á un hermano mío, que dirije una de ellas, he podido visitar varias y conversar con los heridos. Los más pintorescos en su relato son los negros. Negros inmensos, formidables, con un vellón enredado por cabello y el más agresivo continente, pero con extraña dulzura en los ojos de felpa. Casi todos cojean todavía porque se les helaron los pies en las trincheras. No les tienen miedo al frío, al combate perpetuo, á la metralla, sino á las botas. Cuando les ordenan avanzar, su primer acto es descalzarse y tirarlas. Marchan así, arrolladores, invencibles, con un valor musulmán hasta asaltar la trinchera enemiga. Y bruscamente advierten que están descalzos. El teniente va á otorgarles la medalla militar pero también algún castigo disciplinario. Entonces regresan con las botas de un enemigo en la mano, jurando que son las propias...

«Couper tite boches», como dicen en su francés aninado, es la obsesión de estos valientes. Y no comprenden que se trate á los alemanes con tanto mimo. A este admirable negro circundado de amuletos, porque es hijo de *marabú*, fué preciso detenerlo á viva fuerza, una noche. Avanzaba en la sombra al lecho de un alemán, esponjado y felino, como en los ataques de su tierra brava, con el cuchillo que no abandona entre los dientes.

Son niños grandes, benignos y feroces según las horas; dóciles á toda voz de mujer, con un pudor alarmado ante cada enfermera joven. Sólo saben que es preciso «matar á Guillermo».

París es para ellos como una sucursal de la Meca y el Kaiser algún profeta disidente. Me cuenta mi hermano que al llevarles hace poco al Cuartel de Inválidos para hacerles contemplar las banderas tomadas al enemigo, ensayó la más sucinta lección de historia.

—Napoleón—comenzó—el Emperador, el genio militar...

¿Napoleón? El comentario y la admirable tumba los dejaron indiferentes. Entonces les murmuró:

—Gran Califa, el que venció á todos los califas.

Y enseguida se llevaron la mano á la frente para el más respetuoso *salam* de acatamiento.

¡Ah, la desolación del hospital en estos días grises! El «comunicado» favorable que leen, ó los cantos patrióticos que chilla un fonógrafo ronco, animan un instante á los heridos. Todos sonrían con una admirable resignación, con una terca esperanza, pero sus rostros conservan, como esos semblantes que inmoviliza el rayo, la crispación de la batalla. Se yerguen en los lechos para contarnos su historia y nos aterra pensar en estas vidas malogradas. Tienen de veinte á treinta años. A este le falta una pierna; á aquel le segaron los dedos. Los cirujanos se cambian en escultores de carne; tratan de reparar los estragos de la metralla. En este rostro han inventado una nariz, estirando el pellejo como si amasaran barro. En aquel otro rostro van á disponer el sitio que falta para un ojo de vidrio.

—Estoy hecho casi buen mozo—dice el herido con una sonrisa que hace daño.

¿Cuál va á ser el destino de este inválido y de los otros? ¿Qué mujeres cornelianas los amarán? Por el momento, con ese feliz estupor de los convalecientes, no pueden pensar en esto. Como niños os muestran un proyectil estrellado ó una bala de plomo que causaron la agonía de un mes. Casi todos llevan prendida al pecho una medallita de latón con el busto de Joffre. Y si les habláis á los convalecientes casi indómitos, de regresar al combate, se entusiasman. No es solamente el deseo de concluir con el invasor. Es otra cosa. Recuerdo que un amigo mío que habitaba largos años en la selva amazónica, se aburría en su delicioso *home* de Leicester Square.

—Esto no es vida—me decía—. Aquí me lleno de moho. En cambio la perpetua cacería, el peligro cotidiano, la lucha...

Yo pensaba que era *pose* de civilizado y ahora comprendo su tedio. Quien tiene bien templada el alma y ha probado alguna vez la emoción terrible, desdeña casi las felicidades familiares de nuestra vida burguesamente muelle.

Para algunos, además, hay en la guerra un placer casi técnico. Este teniente del hospital, citado en el orden del día—ingeniero de caminos y canales,—se entusiasma hablando de las ametralladoras.

—¡Un juguete terrible—dice,—un aparato de laboratorio, encantador y peligroso! Yo tenía á mi cargo un automóvil blindado con ametralladora. Lo difícil era esconderlo bien, á la entrada de un bosque, de preferencia. Por el servicio de teléfonos sabíamos que el enemigo iba á pasar por allí. Y le dejábamos avanzar exactamente como á una fiera en África. Errar la puntería era descubrirse, morir quizás... ¡Un emocionante proble-

ma de matemáticas! Y se resolvía la ecuación pavorosamente cuando veíamos caer á la orilla del bosque los soldaditos grises, como en una catástrofe infantil de soldaditos de plomo.

La amable dama que me acompaña á visitar esta ambulancia señorial, lindamente instalada en la casa del célebre banquero Pereire, me interrumpe para llevarme á una sala más triste.

—Venga á ver á mis chiquillos.

En realidad, son casi niños. Tiene apenas diez y siete años este esqueleto bruñido, que me mira con ojos de un brillo incomparable. Y no sé si serán sutilezas sentimentales, pero estos soldados escolares me impresionan más que sus compañeros. Los otros han vivido, han sufrido, han amado. «Vivió, sufrió, amó», quería Stendhal como epitafio. ¿Cuál mejor? Resume la existencia y en su simplicidad desolada hay, sin embargo, como una justificación, como una excusa. ¡Se ha vivido! El más ceñudo Leopardi no podría negar en su historia la molición de algún minuto bueno. Y se puede morir cuando se llevan siquiera á la tumba los recuerdos de Romeo: la cursilería bendita de la noche lunática, una elegía de alondra, el dúo trivial y siempre nuevo con cualquiera Julieta lánguida.

¡Pero estos chiquillos sin amor! Se despertaron para morir. Les mudaron el uniforme de estudiantes por el capote gris azulado. Todavía resuenan en sus oídos las declinaciones de latín; todavía estudian retórica, cuando es preciso comprender bruscamente los grandes tropos terribles, las metáforas batientes y viriles: la bandera de la libertad, la cruzada contra el bárbaro. ¡Rudo lirismo á que no los habían preparado las eglógicas traducciones de Virgilio y de Horacio!

El epílogo es esta mano osificada y torpe que estrecha la mía sin firmeza. Involuntariamente se le tutea á este chiquillo:

—¿Estás mejor?

—Sí, mucho mejor.

Está condenado. El médico nos dice que vivirá algunos días. Y en ese rencor que vamos acumulando contra el Destino, he aquí una nueva cólera. Todo parece menos cruel; los hombres maduros que se van, los hombres jóvenes que continuarán la jornada de la vida, sin ojos ó con una quijada menos, este hospital de inválidos, mañana diseminado en París, mañana mendicante. Pero no podré olvidar—porque es la primavera fracasada, el hado inicuo—estos ojos que se extinguen cándidamente, estos ojos ignorantes que me cuentan, en resumen, como en las acerbas estampas de Goya ó de Callot, mejor aun, la abominable iniquidad que es una guerra.

VENTURA GARCÍA CALDERÓN

EL MÁS ANTIGUO BURGUÉS DE BRUSELAS

Los que hayan visto los cuadros de Teniers y hayan pensado ante ellos que el autor se propuso satirizar costumbres, caricaturizarlas, haciendo resaltar de intento lo grotesco, no conocen, seguramente, la dichosa Bélgica antes de la guerra.

El espíritu del pueblo belga presentaba esos cuadros de costumbres que nos revela Teniers; nadie como él ha sorprendido el gesto simple y bonachón del pueblo contento y primitivo, para retratarlo con una crudeza que ha podido parecernos sátira.

Un día de fiesta en Bruselas, antes de la guerra, bastaba para explicarnos la existencia de ese elemento algo grotesco en los cuadros de costumbres de la escuela flamenca.

En ninguna parte he visto mezclarse el pueblo y la burguesía tan fraternalmente como en las noches de música en la Gran Plaza de Bruselas. ¡Qué desolada debe estar ahora esa Gran Plaza! ¡Era tan brillante, tan alegre en los días de este verano! Los domingos aparecía enguinaldada de festones de luces, con la torre de su *beffroi*, semejante a un ascua de oro, a una brasa que ardiera sin consumirse; á favor de sus bengalas se veía el interior de las estancias, los nervios maravillosos de sus bóvedas de crucería, que se iban elevando de piso en piso hasta el remate de la aguja dorada en el negror del espacio.

La música tocaba en un templete colocado en medio de la Plaza, alrededor de la cual la gente bailaba con una espontaneidad sorprendente.

Así como en plazas de ciudades de Italia, semejantes á ésta, el pueblo escucha la música, que ha de ser escogida y selecta, con un devoto éxtasis artístico; los belgas no pedían más que un poco de ruido de instrumentos musicales para lanzarse á bailar.

Fué para mí una sorpresa ver la fiebre de la danza. A los primeros acordes de una pieza las gentes se ponían á bailar; se enlazaban unos con otros, sin necesidad de conocerse, y empezaban á moverse á compás, con esa cadencia cómica de las fiestas de Teniers. Bailaban todos, mujeres, niñas, gente del pueblo y señoritas.

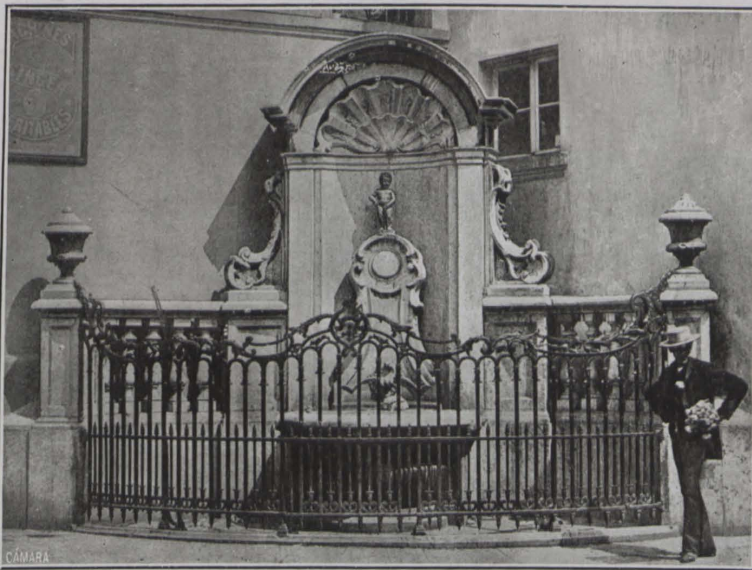
Pero en este baile no había el menor elemento de picardía. Era una manifestación inocente de la alegría, de la ingenuidad, del primitivismo y frescura de espíritu, que apenas recordar en estos momentos en que todo ese bienestar ha desaparecido.

Se comprende que un pueblo honrado é ingenuo, hasta ese punto, hiciera su símbolo del típico *Manneken-Pis*. Los pueblos niños se apegan á sus costumbres, á sus tradiciones; y aquello que están acostumbrados á ver adquiere á sus ojos un valor que le consagra. Así el *Manneken-Pis* venía á ser una encarnación ó una representación de la patria belga. No cabe dudarlo, conociendo su historia y su leyenda.

Esta última, cuenta que, en la época de las luchas y revueltas porque pasó Bélgica, á fines de la Edad Media, desapareció de su casa el hijo de un burgomaestre, con gran dolor de sus padres que lo consideraban perdido. Unas monjitas piadosas recogieron al niño; pero él se avino mal con la paz del convento, y, precisamente el mismo día en que sus padres averiguaron su paradero, el chiquito escapó de su refugio y volvió á perderse en la calle. El padre, que corría la población en su busca, lo encontró en el ángulo de una de estas callejas, próximas á la Gran Plaza, en la misma posición y con la misma ropa con que lo perpetuó la estatua que se conserva sobre la fontana que se levanta en el mismo lugar donde fué hallado.

Hasta aquí la leyenda.

La Historia consigna que Carlos V le regaló



El Manneken-Pis, de Bruselas

al popular niño de piedra un traje de soldado español para los días de fiesta. Desde ese momento las vicisitudes de Bélgica pueden estudiarse por los trajes del *Manneken-Pis*, los cuales se guardaban en el pequeño Museo de la *Maison du Roi*, en Bruselas.

Cuando dominaron los franceses, Luis XV le puso uniforme francés y escarapela blanca en el sombrero; luego, durante la Revolución el *Manneken-Pis* vistió los colores negro, amarillo y rojo. Cuando la restauración del Imperio, otra vez vistió el uniforme del Emperador. Del mismo modo hay entre sus trajes el de soldado holandés, con las insignias de la casa de Orange; y con el triunfo de la democracia, en 1850, el cuerpecillo de la estatua se cubrió con la blusa del trabajo.

No llegaba extranjero á Bruselas á quien no se le enseñase el *Manneken-Pis*, como una de las principales curiosidades. Todos hemos escrito desde allí á nuestras familias, en alguna tarjeta que lo representaba, no sin poner en ella una nota humorística, ajena á la sana intención de aquel pueblo, sin el refinamiento necesario para entender nuestra crítica y nuestra sátira.

Es tanto el amor que los belgas profesan á la estatuita, que una vez que un audaz y original ladrón tuvo la ocurrencia de llevársela á Inglaterra, se alzó el pueblo en masa, y dió origen á



Escultura del Manneken-Pis

reclamaciones y negociaciones que hicieron volver de nuevo la estatua á su sitio.

Sin embargo, la estatua de hoy no es la primitiva. Aquella era de piedra y la actual es de bronce, vaciada de la anterior, ya desgastada por el tiempo.

Yo he visto al *Manneken-Pis* los días de fiesta nacional, vistiendo su traje de terciopelo y las insignias belgas. El pueblo pasaba en peregrinación á verle como si hubiese sido una novedad, lo que se repetía en todas las fiestas. Parecía un complemento de su alegría, sus colgaduras, sus banderas y sus músicas, aquel engalanamiento del héroe popular: «El más antiguo burgués de Bruselas», como le llamaban enfáticamente.

Parecía que ya este traje era el último y definitivo y se pensaba en renovarlo, en componerlo, en cómo habría que avivar el colorido, limpiar los galones y hasta quitar una mancha, ya que siendo incomprensible el cataclismo que contemplamos, se abrigaba la idea de la eternidad, convencional, de las naciones.

Ahora, la «Floresta de los Sueños», se ha estremecido sintiendo rodar bajo sus árboles, por aquellas sendas de umbrías, los cañones alemanes y romper su silencio melancólico, los cantos bélicos del ejército invasor.

Las casas, las plazas, los jardines de Bruselas están ocupados por los soldados del Kaiser; los belgas parecen prisioneros todos, en su propia tierra; la ciudad tiene ese ambiente de mutuo recelo y de desconfianza que engendra el malestar de vencidos y vencedores. Para éstos es aun más molesto que el habitante sometido, la columna conmemorativa, el monumento nacional, la estatua que perpetúa la gloria de una nacionalidad indestructible en su esencia, como la de Guillermo el Taciturno, en el Petit Sablon, ó esta del *Manneken-Pis*, las cuales han sabido salvarse á todas las opresiones, y esperar incommovibles, inmutables, el día de la libertad; conservando en sí toda la integridad de un pueblo y de una raza.

Es fácil que los alemanes hayan pensado en vestir con su uniforme y su morrión de prusiano al *Manneken-Pis*. Si es así el alma belga habrá gemido, sintiendo de un modo intenso el yugo de los opresores, como una marca candente de su esclavitud.

Si los alemanes no se han ocupado de poner su insignia sobre esa estatuita, el *Manneken-Pis* permanecerá desnudo. Simbólica siempre su desnudez representará el duelo de Bélgica. No volverá á ella la alegría; no habrá bailes ni diversiones ingenuas; por mucho que el temor disimule el dolor latente, éste existe y se representa de un modo gráfico por la desnudez del *Manneken-Pis*. Recuerdo un diálogo sencillo y habitual, que no habrá de reproducirse en largo tiempo:

—¿Pero es fiesta hoy?

—Sí, está vestido el *Manneken-Pis*.

Ese *Manneken-Pis* no volverá á ponerse su uniforme de hombre libre hasta que su uniforme prusiano pase á formar parte en el museo de sus trajes históricos. Entre tanto el *Manneken-Pis* se ha perdido de nuevo; se ha perdido para no ser encontrado mientras la Bélgica no vuelva á recobrar su independencia y su soberanía... Pero no se ha perdido sólo en esta triste actualidad.

¡Cuántos niños belgas serán también *Manneken-Pis*, desnudos y sin amparo, ante las crueldades de la guerra que destruyó sus hogares! El símbolo del *Manneken-Pis* se acrece y se hace universal.

CARMEN DE BURGOS
(Colombine)

LAS MUJERES Y LAS MODAS



A CARICIADAS por el ambiente tibio y perfumado del salón, hemos preferido que nos sirvan el té en la mesita de laca donde una gentil figurina de Tanagra parece reverenciarnos con un paso elegante de minué.

Los cristales de la terraza, empañados, mienten fantásticas sombras de hombres siniestros que avanzan ó se ocultan con malas intenciones entre los pelados árboles del jardín. La niebla crepuscular de un crudo atardecer de Febrero tiende la espesura de sus tules sobre las ramas secas y rocía con la gélida humedad de sus lágrimas la yedra y los geráneos, que ponen sobre los bordes del estanque un lindo festón de hojas verdes.

Estamos dominadas por la melancolía. Callamos. En la penumbra amable nuestras caras, bañadas por el suave raudal de luz que baja de la lámpara, cernida por el raso de la ancha pantalla, ofrecen un extraño contraste de claridades y sombras. Dijérase, contemplando nuestra inmovilidad, que éramos las mudas esfinges del romanticismo clásico. Porque el tedio del crepúsculo, la fatiga espiritual, la impresión de las emociones pasadas, se han reunido en nuestra alma contribuyendo á la formación de un estado psicológico que hace recogerse al pensamiento en la meditación y deja á la fantasía batir sus alas de seda por los dorados espacios del ensueño.

Entra la doncella con la fina porcelana donde humea aromosa la exquisita infusión. Puede decirse que al reintegrarnos á la vida nos despedimos de la felicidad con suspiros murmuradores que son como adioses eternos.

La conversación, lenta al principio, se va animando poco á poco. Pero no llega nunca á la sugestiva nerviosidad de otros días, á la animación de la palabra que fluye de los labios atropellada y sonora, en graciosa confusión, donde los decires suenan á risas y las risas vibrantes y cristalinas, como quebrar de surtidores, parecen estallidos de besos.

Hacemos comentarios sobre el pasado Carnaval, que ha transcurrido desmayadamente, sin alegría, ni lujo, ni ingenio. Nos dolemos de que vayan desapareciendo aquellas reuniones aristócratas, cuyos «bailes de trajes» eran un torneo de buen gusto, un derroche de ingenio, de elegancia, de sano humorismo y hasta de su poco de manifestación de la particular cultura histórica y artística.

Recepciones que daban motivo para la expansión y el lucimiento, para el manejo de la ironía sutil, que cosquilleaba sobre la vanidad y el orgullo, señorilmente, con fru-fues de sedas y escalofríos de encajes...

Nos sentimos invadidas por la tristeza de los días cuaresmales. Contemplamos las toilettes serias, de tonos oscuros, de confección sencilla, como los hábitos de penitencia, y después evocamos la proximidad de la primavera, con su tiempo de alegría y de luz, en los gozosos vestidos de batistas y vuelas, gasas, encajes y vaporosidad, todos riendo por la placidez del colorido y reinando espléndidos por la variada riqueza de la forma.

Nos interrumpe la conversación el nervioso sonar de un timbre. Correo de París. ¡Dibujos, figurines, novedades!

Rápidamente deshacemos los rollos. La impaciencia nos ata las manos.

Para los afanes de nuestra curiosidad parecen horas los segundos. Los rojos lacres, los bramantes recios, sirven de violentísimos excitantes á nuestros nervios en tensión. Rasgada la envoltura de las lujosas ilustraciones, nos detenemos un momento, como asaltadas por una idea semejante, mis compañeras de tertulia y yo.

Vacilamos un poco. Aquellas hojas satinadas y brillantes nos van á enseñar la nueva tiranía de la próxima estación y sus colores y sus fantasías van á hablarnos con el extraño lenguaje cabalístico de sus rayas, de cómo el gusto y el arte son en toda nueva tendencia los que marcan el camino que resplandece en distinciones y elegancias.

Sentimos la misma vaga inquietud que precede siempre á la lectura de una carta que puede influir de una manera eficaz en nuestra vida.

Desechamos temores al fin. Volvemos las páginas con rapidez. ¡Un periódico! ¡Otro! ¡Un figurín! ¡Otra acuarela! Y todos pasan bajo la mirada fiscal nuestra y de unas manos á otras una y otra vez.

¡Se confirma la existencia de la falda ancha! ¡Ancha y corta! La sensación que nos da el figurín despojado de las galas y las mentiras del dibujo, es la misma que la de una paleta alcarreña.

¡Nos vence otra vez el disgusto! La mirada vagabunda se desliza por las entreabiertas cortinas y posa su fastidio en el obscuro jardín donde los álamos se verguen como fantasmas medrosos y apocalípticos.

De pronto se rompe el silencio.

¡Al mudo teclado marfileño las manos de nácar de mi amiga arranca el melancólico misterio de un nocturno de Chopin!...

ROSALINDA



SILUETAS DE LA ALEMANIA ANTIGUA



UNA TÍPICA CALLE INMEDIATA A LA CATEDRAL DE FRANCFORT

Apunte del natural obtenido por el notable dibujante catalán Sr. Brunet durante su permanencia en Alemania, pensionado por el Estado español

ARTISTAS EXTRANJEROS CONTEMPORÁNEOS

ADOLFO DE KAROLIS



"Los caballos del sol", tríptico de A. de Karolis



SIEN haya leído las ediciones italianas de *La figlia di Iorio* y de *Francesca da Rimini* recordará, con la misma complacida emoción de belleza, las páginas d'annunzianas que las xilografías ornamentales donde la sabiduría técnica y la bien edu-

cada sensibilidad del artista se unieron para completar la obra del poeta.

Este artista, capaz de interpretar dignamente a Gabriel D'Annunzio, se llama Adolfo de Karolis y es una de las más sólidas reputaciones del arte italiano contemporáneo.

No se ha vulgarizado, sin embargo, tanto su nombre como los de otros compatriotas suyos que por iguales sendas han llegado al triunfo. Ha sido siempre un refinado, un exquisito intérprete de la más pura belleza y en más de una ocasión ha rechazado la fácil conquista de la popularidad, si ello había de suponer una abdicación de su credo estético.

Así se explica que, siendo un cartelista muy superior a Calzi, Franzoni, Giandotti y Monvecchi, y un rival temible de Hohenstein, sus carteles no sean preferidos a los de esos otros artis-

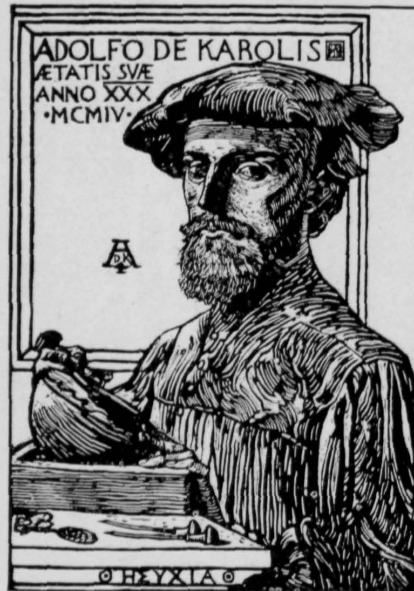
tas. Como panelista está a la altura de Gaetano Prevati y Pieretto Bianco. Idéntico vigor luminista, y parecidas elegancias y armonías hay en sus otras obras pictóricas que en las de Ettore Tito, Mentessi, Casorati, Lino Selvático,

pintores que los otros instintivos, incapaces de razonar ni siquiera su propia pintura, califican de *pintores literarios*.

Así, pues, en Adolfo Karolis las huellas de aquel maravilloso renacimiento inglés que se conoce con el nombre de prerafaelismo, son profundas. De los pintores poetas como Rossetti y Burne Jones aprendió la pureza conceptual, el noble ademán, la sugeridora vaguedad de ensueño que tienen sus cuadros. «Reformador de naturaleza» podríamos nombrarle al examinar este aspecto de su arte. Predomina en él la imaginación sobre la observación, y nada tan acertado como el recuerdo que hace un biógrafo suyo, Aldo Sevveri, de ciertas palabras de Francesco de Sanctis.

He aquí estas palabras que podrían figurar como lema en todas las obras de Karolis y que debo conservar en la dulce habla italiana:

«La natura e un'immagine imperfetta dell'idea, perché essa, dinanzi all'arte, e come materia greggia, destinata ad esser lavorata e trasformata dall'artista, si che risponda a quel tipo di perfezione che e nella nostra mente e non si trova in alcuna parte. Perciò l'istrumento proprio dell'arte non e l'osservazione, ma l'immagina-

ADOLFO DE KAROLIS
Autoretrato

"La madre" (xilografía)

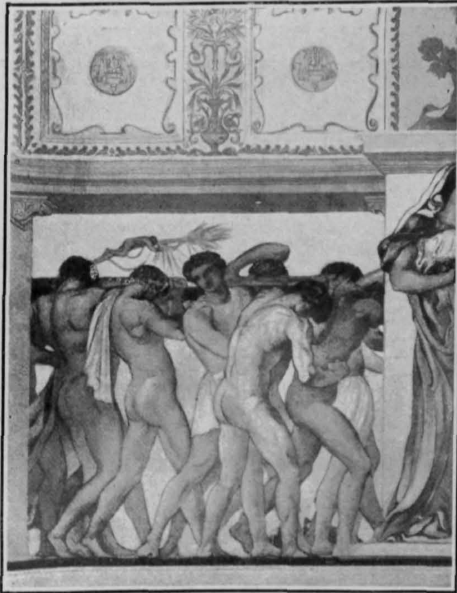


"La noche" (xilografía)

Alejandro Milesi, por citar sólo algunos de los más importantes.

Pero donde la riqueza imaginativa y el bien orientado concepto del sentido decorativo que caracterizan a Adolfo de Karolis triunfa y se destaca de manera inconfundible, es en el grabado en madera, casi olvidado por completo hoy día, y en el que puede mirar frente a frente, con una fraternal maestría, al admirable grabador francés Augusto Léperre.

Adolfo de Karolis nació el 6 de Enero de 1874. Simultaneó los comienzos de su arte con la literatura. Estamos en presencia de uno de esos



"Los hombres del mar", panel decorativo



"La donna della fontana", cuadro de A. de Karolis



"Las mujeres de los marinos", panel decorativo

zione, la cui materia non sono le cose reali, ma le ombre e le parvenze di quelle.»

La revelación de Karolis se debió á aquella audacísima y beneficiosa Sociedad de Arte romana, titulada *In Arte Libertas*, cuando el artista no había cumplido aún veintitrés años, y empezaba á acusar una personalidad distinta de las influencias pictóricas de su maestro Mancini.

Aun en los dos cuadros *Primavera* y *Narcisus* poéticos, presentados el año 1897, la inspiración de Karolis está supeditada á las enseñanzas técnicas de Mancini; pero ya se adivina la orientación posterior que luego *La donna della fontana* había de afirmar por modo rotundo.

Aquí, en este último cuadro, expuesto en Venecia al mismo tiempo que otro admirable, *Simphonialis aqua*, sí que el arte de Adolfo de Karolis surge en toda su plenitud de belleza... y de evocación.

Idénticos motivos que á los gloriosos cuatrocentistas le conmueven y le inspiran. La vida



"A orillas del mar" (xilografía)

pecto más admirable de Adolfo de Karolis es la xilografía.

Los grabados en madera, las *incisioni in legno* de exlibris, capitulares, colofones y orlas para la ilustración de libros, constituyen el trabajo favorito del artista italiano. Entregado á él se ha representado en su autoretrato que tiene bella semejanza con los de los viejos maestros germánicos.

Responden estas xilografías de Adolfo Karolis, á aquellas otras ingenuas, rudas, de una vigorosa virilidad, de los grabadores del siglo xvi.

Nada tan laudable como este arcaísmo, muy distinto de otros enfermizos ó decadentes.

El maestro italiano quiere dar á ese arte toda su grandeza, y resucitándole en pleno siglo xx, en un altivo desdén para los procedimientos mecánicos—tan admirables, sin embargo—de reproducción gráfica, que existen hoy día, lo expone como un avergonzador reproche para los que nunca debieron olvidarle.—SILVIO LAGO



"Aguadoras", grabado en madera

contemporánea no existe para él. Es un italiano de otros siglos, que los libros de William Morris y de Ruskin y que los cuadros de Rossetti y las vidrieras de Burne Jones han depurado y estetizado hasta un punto refinadísimo. Paisajes de ensueño, fuentes de canción, mujeres de leyenda, es lo que pinta. Pero no por eso descuida la verdad, ni se aparta de un realismo necesario para que su idealismo necesario no padezca de inconsistencia y falsedades.

Por entonces sus compañeros le nombraban á la manera *cuatrocentista*: «Adolfo della fontana».

¡Qué halagador nombre para un artista que une los colores como un poeta los versos! Nada tan representativo también del mancebo que se retrataba á sí mismo con ropajes de otra época, que gustaba de imaginar paganas alegorías y que, sobre todo, concebía siempre la belleza como una mujer, oyendo la voz del agua rota en los hilos plateados de una fontana...

Claramente se comprende que Adolfo de Karolis no podía limitarse á la pintura de retratos, ni mucho menos á los cuadros de costumbres contemporáneas. Desdén esos aspectos y en cambio se ha consagrado por entero á la pintura decorativa. Modelos acabadísimos de ello son los plafones y paneles de la Villa Brancadoro, en San Benedetto del Fronto, de la Villa Regia de Oliveira en Roma, del Palacio del Podestá en Bolonia y, sobre todo, en el maravilloso tríptico *Los caballos del sol*, y en el salón de fiestas del Palacio provisional de Arcoli Piceno, y que es un maravilloso poema del mar latino.

Sin embargo, ya hemos dicho antes que el as-



"Ilustración editorial" (xilografía)

RECONCILIADOS EN LA MUERTE



SOLDADO ALEMÁN HERIDO MORTALMENTE, ESTRECHANDO LA MANO DE SU ADVERSARIO INGLÉS,
EN EL MOMENTO DE EXHALAR EL ÚLTIMO SUSPIRO

DIBUJO DE P. MATANIA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



MISA DE ALBA, cuadro de Juan Francés

CASAS ARISTOCRÁTICAS

RESIDENCIA DE LOS SEÑORES MILANS DEL BOSCH



Detalle del recibimiento



D. Jaime Milans del Bosch en su despacho

Don Jaime Milans del Bosch y Consuelo de Ussía y Cubas, ofrecerán en breve su hermosa y aristocrática casa á sus amistades. Nosotros nos complacemos en publicar algunas fotografías de las principales habitaciones ocupadas por el joven matrimonio, para demostrar el gusto exquisito, la severa elegancia, que ha presidido en la elección del mobiliario, en la suntuosidad del decorado y en cuantos detalles de artística ornamentación han escogido para el embellecimiento y confort de las estancias fotografiadas.

Dada la caballeresca cortesía y simpática corrección del dueño de la casa y la angelical bondad de su encantadora consorte, podemos asegurar, sin el menor temor de equivocarnos, que la nueva morada ha de estar concurrida, desde el primer momento, por las excelentes y numerosas relaciones de parentesco y de amistad que á los señores de Milans del Bosch están ligadas.

El joven matrimonio pensó el verano último hacer un largo viaje por Europa, recorriendo las principales capitales y deteniéndose en cada una de ellas visitando los museos, estudiando los monumentos arquitectónicos y todo aquello digno de llamar la atención de las personas estudiosas, cultas y de verdadero temperamento artístico. Tan bellos propósitos hubieron de dejarlos para mejor ocasión. La guerra, cuyas consecuencias estamos lamentando, sorprendió á los señores de Milans del Bosch en París, viéndose obligados á regresar á España rápidamente, perdiendo el equipaje, sufriendo molestias sin cuento en el camino y, lo que es más de lamentar, no habiendo podido realizar la adquisición de objetos artísticos, con los cuales deseaban engalanar y enriquecer, todavía más, la nueva vivienda, á la cual quisieron imprimir un especial sello de elegancia y de

buen gusto originalísimo, personal. Jaime Milans, bizarro y pundonoroso oficial del Regimiento de Húsares de Pavía, es hijo del ilustre general que en la actualidad manda la División de Caballería de nuestro glorioso y sufrido Ejército de Africa. Consuelito de Ussía, es hija del difunto marqués de Aldama, de aquel caballero sin tacha y sin mancilla, del que pudo decirse, sin exageración, que fué el más bueno de los hombres y el mejor de los amigos.

«Los elegidos de los dioses mueren jóvenes» y tenía su noble espíritu impulso excesivo de inteligencia y de generosidad para que pudiera envejecer entre nosotros, deteniéndose en esta terrenal posada.

La positiva modestia con que D. Luis de Ussía y Aldama revisió siempre sus actos, fué ejercida con eficacia tan sincera, que jamás consintió transcendiera al dominio público el hecho innegable de que leyes dictadas por los ministros de Hacienda, sobre todo aquellas que lograron levantar nuestro crédito consolidando nuestra solvencia nacional, cuando á España se la consideraba sin pulso, fueron sugeridas á los políticos de turno por el inolvidable marqués de Aldama, cuyo talento financiero y cultura en ciencia Económica y Sociología, no ha sido, hasta la fecha, por ningún hacendista igualado.

Por el Extremo Oriente y por los Estados Unidos de América, divulgados quedaron los apuntados hechos, después de la pérdida de nuestro imperio colonial; pero nadie se ha tomado la molestia de traducir al español los razonados elogios que periódicos de aquellos países hicieron, á la sazón, de la acertada y oportuna intervención financiera en la política española realizada por el marqués de Aldama.

No podemos ni queremos consentir, que políticos adocenados que demostraron siempre su virginal ignoran-



DOÑA CONSUELO DE USSÍA Y CUBAS DE MILANS DEL BOSCH

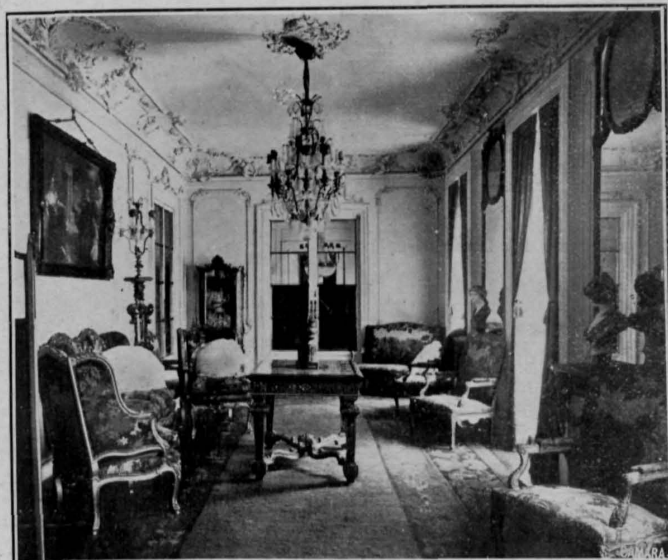
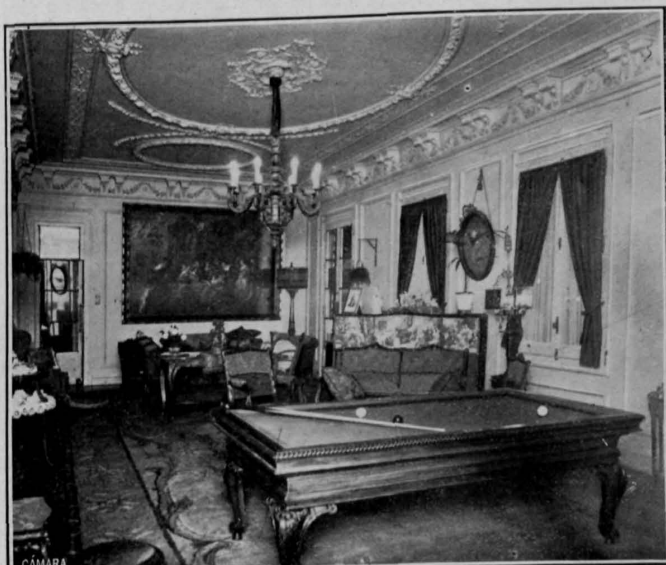


Comedor de los señores Milans del Bosch

cia en toda su actuación ministerial, se hayan pavoneado, atribuyéndose éxitos financieros en los que no tuvieron más parte que la de desnaturalizarlos al defenderlos en el Parlamento con la brillante verborrea de los oradores vacuos de sólida cultura y preparación técnica en asuntos que deben tener amplia base en conocimientos científicos de Biología social.

Estos hombres que se hallan en condición propicia de pasar á la posteridad con los honores de excelentes patricios que prestaron á la nación servicios transcendentales, no fueron en realidad, más que vulgarísimos copistas de ideas y de proyectos sugeridos por extraña y fuerte mentalidad que laboró sin exhibirse, conociendo como nadie los recursos y la vitalidad positiva

de la dinámica nacional. Nosotros, al ofrecer estas páginas á nuestros ilustrados lectores, queremos, incidentalmente, subsanar una lamentable é injusta omisión histórica, al mismo tiempo que nos complacemos en rendir homenaje de respetuoso afecto á los hijos de aquel hombre bueno cuyo talento fué tan grande como su modestia.—MIGUEL SERVET



"Hall" y salón principal de la casa de los señores de Milans del Bosch

DE NORTE A SUR

Cambio de monedas

Y á propósito de comerciantes. Siempre creímos que esta guerra no era más que una lucha entre dos grandes comerciantes: Alemania é Inglaterra.

Lo hemos creído, á pesar de leer muchos artículos vacuos y plúmbeos, que nos decían precisamente lo mismo.

Al comienzo de la guerra el *Jugend* publicó una caricatura en que se veía un desfile de ejércitos beligerantes. No desfilaban soldados, sino monedas: marcos, peniques, libras, chelines, lises, francos, rublos... Sobre todo lises y francos. (No se olvide que el *Jugend* es una revista alemana.) El reverso de esta caricatura puede ser la fotografía de los tres ministros de Hacienda ruso, inglés y francés, reunidos en París para cambiar impresiones... ó monedas. (Es lo mismo.)

¿No os recuerda esta caricatura esas noches de juerga entre estudiantes, que á la madrugada se hurgan los bolsillos para ver si se puede continuar la diversión? Casi siempre hay un estudiante más rico ó menos

Es el caso de Francia. Por eso la conferencia se ha celebrado en París. Rusia hace ya tiempo que tira con pólvora ajena. Inglaterra empieza á darse cuenta de que traer los ejércitos coloniales y reclutar miles de ciudadanos ingleses cuesta bastante más de lo que imaginó en un principio. Por eso también conferencian los ministros de Hacienda.

No los ministros de la Guerra, como los grandes caudillos de las luchas de otros siglos; no los ministros de Estado, como es lógico en nuestro siglo de la diplomacia. En el fondo, no hay más que una cuestión mercantil. Además de cambiarse notas diplomáticas y balas se cambian monedas.

Acaso lo más lógico sería otra conferencia de comerciantes, de grandes industriales. Se llegaría á un acuerdo inmediato. Sobre todo si se admitía en la conferencia á un comerciante alemán. Porque la situación de Alemania es la misma ó peor que la de Inglaterra, Francia y Rusia.

Y en la guerra, como en el amor, no triunfa el romántico, ni el valiente, ni el fuerte, ni el intelectual. Triunfa el que tiene más dinero.

El soldado inglés

Románticamente, respondiendo á nuestra alma latina, nuestras simpatías han de ser siempre un himno del soldado francés. El soldado ruso no nos interesa; el soldado alemán desagrada y repugna á nuestro criterio de hombres libres é hijos de su siglo.

¿Y el soldado inglés? El soldado inglés nos sugiere una profunda admiración, nos ratifica una vez más en la fuerza, en el equilibrio de esa raza más capacitada para renovar el mundo que la germánica.

El soldado inglés no va á la guerra envenenado por absurdos idealismos como el francés y el belga ó el italiano, ó el español; no va tampoco inconsciente, con una inconsciencia de esclavo como el alemán y el ruso; va porque le conviene ir, porque le pagan para ello y porque su vida no vale amor ni odio, sino dinero.

No parece cumplir un deber, sino cambiar energías por libras esterlinas. Esto le aburre un poco, y como no le distraen bastante las batallas y como el dolor ajeno no llega nunca á entrar en su corazón para trocarse en dolor propio, lleva con él sus deportes higiénicos y sus vicios fáciles de satisfacer. Por eso juega al *foot ball* ó al *bridge*, mientras los soldados de otras razas aprovechan treguas de combate para enterrar muertos ó escribir cartas que acaso



Conferencia de los ministros de Hacienda de Francia, Inglaterra y Rusia, celebrada recientemente en París



EL JUEGO Y LA GUERRA
Soldado inglés con un peto de estam bre de cuadros blancos y negros, que le sirve de abrigo y de tablero para jugar á las damas



EL JUEGO EN LA GUERRA
Durante un alto en el fuego, jugando á las damas sobre el peto de estambre cuadrado

tendrán la sagrada y trágica importancia de un testamento.

Pero el otro aspecto del pueblo inglés, su instinto de hombres prácticos, no había aparecido aún. Ahora sí. El soldado inglés lleva debajo de la guerrera de uniforme un peto de estambre. El tejido de este peto forma cuadros blancos y negros; sirve para abrigar el pecho y para, en los momentos de descanso, extenderlo sobre una mesa, sobre el suelo y utilizarle como tablero de damas...

Otro aspecto grotesco

En Londres se ha celebrado un Congreso socialista. ¿Para qué? ¿No había fracasado el socialismo?

Precisamente lo más amargo, lo más cruel y doloroso de esta guerra, ha sido el derrumbamiento de la única esperanza de redención que podía tener la humanidad. Muchos miles de hombres creíamos en el socialismo como en la más sólida garantía de felicidades futuras. Pronto vimos que todo no merecía esta fe, este entusiasmo de los hombres humildes y atados al dolor cotidiano. La idea, sí; los falsos apóstoles, no. Estos falsos apóstoles se desmascararon apenas comenzó la guerra. El socialismo alemán, tan poderoso, se derribó como un idolo de cera entre las manos de un calenturiento. El socialismo francés, con el buen señor Hervé á la cabeza, se hizo... ¡militarista!

¿Y ahora hemos de creer seriamente otra vez en lo que piensan los socialistas? Figuraos que una de las bases aprobadas por unanimidad en ese Congreso, es la siguiente:

«Terminada la guerra, los trabajadores habrán de reconstituir la Internacional, combatir la diplomacia secreta, acabar con el militarismo...» No. Desgraciadamente el socialismo fué un bello sueño que vimos desvanecerse para siempre.

Los que—á semejanza de los dueños de fumadores de opio—comercaban con ese bello sueño, ya no podrán engañarnos otra vez.

Los que—á semejanza de los dueños de fumadores de opio—comercaban con ese bello sueño, ya no podrán engañarnos otra vez.

Los que—á semejanza de los dueños de fumadores de opio—comercaban con ese bello sueño, ya no podrán engañarnos otra vez.

Los que—á semejanza de los dueños de fumadores de opio—comercaban con ese bello sueño, ya no podrán engañarnos otra vez.

Los que—á semejanza de los dueños de fumadores de opio—comercaban con ese bello sueño, ya no podrán engañarnos otra vez.

Los que—á semejanza de los dueños de fumadores de opio—comercaban con ese bello sueño, ya no podrán engañarnos otra vez.

Los que—á semejanza de los dueños de fumadores de opio—comercaban con ese bello sueño, ya no podrán engañarnos otra vez.

Los que—á semejanza de los dueños de fumadores de opio—comercaban con ese bello sueño, ya no podrán engañarnos otra vez.

Los que—á semejanza de los dueños de fumadores de opio—comercaban con ese bello sueño, ya no podrán engañarnos otra vez.

Los que—á semejanza de los dueños de fumadores de opio—comercaban con ese bello sueño, ya no podrán engañarnos otra vez.

Los que—á semejanza de los dueños de fumadores de opio—comercaban con ese bello sueño, ya no podrán engañarnos otra vez.

Los que—á semejanza de los dueños de fumadores de opio—comercaban con ese bello sueño, ya no podrán engañarnos otra vez.

Los que—á semejanza de los dueños de fumadores de opio—comercaban con ese bello sueño, ya no podrán engañarnos otra vez.

Los que—á semejanza de los dueños de fumadores de opio—comercaban con ese bello sueño, ya no podrán engañarnos otra vez.

Los que—á semejanza de los dueños de fumadores de opio—comercaban con ese bello sueño, ya no podrán engañarnos otra vez.

Los que—á semejanza de los dueños de fumadores de opio—comercaban con ese bello sueño, ya no podrán engañarnos otra vez.

Los que—á semejanza de los dueños de fumadores de opio—comercaban con ese bello sueño, ya no podrán engañarnos otra vez.

Los que—á semejanza de los dueños de fumadores de opio—comercaban con ese bello sueño, ya no podrán engañarnos otra vez.

Los que—á semejanza de los dueños de fumadores de opio—comercaban con ese bello sueño, ya no podrán engañarnos otra vez.

Los que—á semejanza de los dueños de fumadores de opio—comercaban con ese bello sueño, ya no podrán engañarnos otra vez.

Los que—á semejanza de los dueños de fumadores de opio—comercaban con ese bello sueño, ya no podrán engañarnos otra vez.

Los que—á semejanza de los dueños de fumadores de opio—comercaban con ese bello sueño, ya no podrán engañarnos otra vez.

Los que—á semejanza de los dueños de fumadores de opio—comercaban con ese bello sueño, ya no podrán engañarnos otra vez.

Los que—á semejanza de los dueños de fumadores de opio—comercaban con ese bello sueño, ya no podrán engañarnos otra vez.

Los que—á semejanza de los dueños de fumadores de opio—comercaban con ese bello sueño, ya no podrán engañarnos otra vez.

José FRANCÉS

EL SECRETO DEL ÉXITO EN LA GUERRA

CUARENTA años de sólida y tenaz preparación han permitido al ejército germano, combatir en dos extensos frentes, contra dos poderosísimos enemigos, conteniéndolos a distancia de las fronteras y alejando de su país las duras inclemencias de la guerra.

Aparte del patriotismo alemán, de la disciplina férrea de sus marciales huestes, del pertinaz adiestramiento de sus soldados, de la heroica abnegación teutona y de la arraigada preparación del alto mando, el secreto principal del éxito alemán estriba en su maravillosa red ferroviaria.

Abundancia de material, orden y previsión exquisitos, seguridad y acierto en sus decisiones, permiten al gran Estado Mayor germano trasladar fuerzas de una a otra frontera, concentrar estratégicamente elementos en un punto determinado, para conseguir una finalidad apetecida.

Componen esta admirable red seis principales sistemas de líneas, que enlazan ambas fronteras: la occidental y la oriental, y dos de ellas, unen también a Austria, de un modo directo, con los puntos meridionales en las fronteras de Francia y Rusia.

En la parte occidental, las principales cabezas de líneas son: Basilea, Estrasburgo, Metz, Treveris y Aix-la-Chapelle.

Para la acción contra el imperio moscovita son bases de operaciones, en las líneas ferroviarias de comunicación: Cracovia, Oppel, Vihemsbrück, Ostrowa, Possen, Thorn, Allenstein, Insterburg y Memel.

Las cabeceras de los centros nerviosos interiores de esta gran organización, son: Colonia, Düsseldorf, Cassel, Francfort, Leipzig, Berlín y Breslau.

Todas estas ciudades establecen la interconexión, y permiten rápidos transportes de Norte a Sur, así como veloces movimientos de Este a Oeste.

Tomando como promedio de distancias de



Comunicaciones ferroviarias directas establecidas por Alemania para dirigir rápidamente sus tropas a los teatros de la guerra

frontera a frontera 1.200 kilómetros, necesitan los trenes militares cuarenta y ocho horas para salvar esta distancia, aun contando con las congestiones en los principales centros de comunicación y estaciones de cabecera.

En la última reunión secreta del gran Estado Mayor general, en que se trató de la concentración estratégica, reunión en la que tomaron parte oficiales del Estado Mayor de los cuerpos de ejército de la frontera, representantes de las compañías ferroviarias y un delegado imperial de Obras públicas, se acordó el trazado de nuevas líneas estratégicas y la modificación de algunas de las existentes.

En virtud de ese acuerdo se modificó la línea de Aix-la-Chapelle a Eupen, que tantos rendimientos ha dado desde los comienzos de la actual epopeya; y se construyeron las líneas nuevas de Hermeskeil a Bouzonville, otra por Wingen, con prolongación a Rieding; otra de Saint-Louis a Verentruse, prolongada a Seppoiss-le-Bas; otra de Neustadt a Basilea y nuevas estaciones en Sarrebourg, Mulhouse, Saint-Louis y Basilea. Y no sólo ha sido esta red ferroviaria complemento preciso de la acción estratégica en el trasiego de fuerzas de una a otra frontera, ha coad-

yuvado asimismo a la homogeneidad de acción de las huestes austriacas con las germanas, en los puntos en que han laborado de consuno; ha sido el vasto sistema arterial que ha conconvocado sin interrupción viveres y municiones a los puestos avanzados, desde las diversas bases secundarias de operaciones, y ha facilitado la pronta y ventajosa evacuación de heridos desde las ambulancias del campo de batalla a los hospitales de la segunda línea.

Los técnicos ingleses, fieles a su imparcial modo de ver los hechos, reconocen, sí, la excelencia y utilidad de la red ferroviaria germana; aplauden, sin reservas mentales, la previsión estratégica del gran Estado Mayor alemán; pero estiman que, contra la táctica de los aliados, este continuo trasiego de hombres puede ser a veces peligroso, pues podrían por medio de contingentes supuestos ser arrastrados los alemanes a un lugar preparado hipotéticamente para el ataque, mientras dejan otra área de combate abierta al enemigo.

Otra desventaja que señalan a estos rápidos medios de concentración teutona, es el que este constante tránsito de tropas de oriente a occidente, y viceversa, supone siempre tener en la vía férrea gran número de fusiles inactivos, así como la fatiga ininterrumpida que este ir y venir trae consigo para los soldados, en ese largo transporte de cuarenta y ocho horas de tren.

Sin embargo, añaden, es innegable que a este rápido traslado de fuerzas debe Alemania, durante las recientes operaciones, una fuerza verdaderamente considerable de resistencia a los tenaces enemigos.

Labor de previsión y de cálculo, la guerrera nación tenía estudiada en la conjunta acción en que la desarrolla, esta triple campaña contra pueblos fuertes, enérgicos y ricos.

De ahí su fe en el triunfo y su seguridad en la victoria.

CAPITÁN FONTIBRE



Fotografías de la campaña en la Polonia rusa.—La artillería preparando un ataque. Un convoy

POTS. CENTRAL NEWS

NUESTRAS VISITAS

CARLOS ARNICHES

TIENE gracia eso! ¿Con que ha sido usted comerciante?...

—Comerciante, precisamente, no, sino dependiente de comercio, que, por desgracia, no es lo mismo. Verá usted...

Arniches hizo una pausa para recordar. Con la diestra se acariciaba la barbilla. Yo, sentado frente a él, mirábalo de hito en hito procurando bucar en su espíritu; ese espíritu tan maltratado por amigos y enemigos. Y, ó soy un mal psicólogo, cosa que me molestaría mucho, ó Arniches no es el hombre perverso que nos han descrito en mentideros teatrales y hasta en periódicos. Es verdad que estuvo de moda en cierta ocasión hablar mal de él, pero la moda aquella ha pasado ya a la historia; y yo, á fuer de escritor leal á mis lectores, debo decirlos que el autor de *El amigo Melquiades* me parece un caballero de orden; ni más ni menos perverso que cualquiera otro de nosotros; tan capaz como todos de aprovechar una fácil aventura que llegue hasta su mano. Un poco egoísta me parece también; pero esta cualidad, que á la simple vista advierto, no es la suficiente para inutilizar á un hombre...

Con que quedamos, pues, en que Carlos Arniches es un señor muy simpático en su trato, que posee una gran voluntad y que escribe sainetes con mucha gracia... Y dicho esto, advierto á mis lectores que mi visitado no es amigo mío, y que en cambio á Enrique García Álvarez le quiero como á un hermano; pero... ¡la verdad!...; la verdad debe volver siempre por encima del estercolero de las pasiones.

En tanto que nosotros hablamos, Pepe Campaña toma distancias para hacer una fotografía estupenda; y una niña de Arniches, la mayor, que es blanca, rubia y modesta como una rosa de te, hace sonar distraidamente algunas notas locas del piano.

En la chimenea se consumen grandes leños en medio de un chisporroteo de lamento ó de protesta.

Arniches, con el cuerpo agobiado hacia mí, prosiguió:

—De Alicante, donde yo nací, me marché á los catorce ó quince años; con rumbo á Barcelona, en Barcelona me dediqué al honrado y esclavizador oficio del comercio... En los ratos que mis prosaicas labores me dejaban libre, dedicábame á la vaga y amena literatura... Conseguí escribir en *La Vanguardia*, donde se me llegó á tener en grande estima... Pero aquel vivir se avenía mal con mi temperamento. A los diez y ocho años alcé el vuelo y vine á Madrid...

—¿Tenía usted aquí familia?...—pregunté.

—Una parienta cercana; pero por incompatibilidad de caracteres tuve que dejar su casa, donde vivía, y me encontré en la calle y sin tener que comer... ¡Por entonces, amigo Audaz, pasé muchos días muy amargos, sin encontrar un pedazo de pan con que aplacar mi apetito, ni un jergón donde descansar!... ¡Con qué envidia miraba yo á los mendigos que saben luchar con el hambre implorando una limosna! Yo ni de eso me consideraba capaz. Sentía un inmenso asco de mí mismo... de mi inutilidad, sin límites. Y, sin embargo, escribía porque usted habrá notado que no hay cosa que invite más á emborrallar cuartillas que el ayuno obligado. Zorrilla, bien comido no hubiese sido un gran poeta. Dícenla con el bolsillo lleno y la mesa bien repleta no habría sido capaz de escribir *Juan José*. Bueno: pues yo escribía, y ¿á que no sabe usted el qué?

—Un sainete.

—No, señor... *La historia del reinado de Don Alfonso XII*.

—Es gracioso...—exclamé, riendo.

—¡Así!, como se lo digo á usted. Y el libro se publicó; la edición fué costada por Doña Cristina, y á mí se me dieron unas pesetas y la cruz de Carlos III... Recuerdo que me compré una americana para lucir mi nueva condecoración. A poco de esto me encontré con Gonzalo Cantó, y juntos hicimos *La casa editorial*, que fué estrenada el día 8 de Febrero del 88 en el Teatro Eslava... Y aquí se me ocurre una anécdota curiosa.

—Venga—le invité á contar.

—La noche del estreno de esta obra hacía un frío enorme, ¡espantoso! y yo no tenía más traje que uno muy destrozado del estío... ¡Horrible! Cuando más preocupado estaba por la pulmonía inevitable, presentóse en mi casa un pariente cercano de Otero, el regicida... Llevaba una pañosa que me hizo desvanecer de envidia... Venía á verme el tal señor en actitud un poco agresiva porque yo, en mi libro sobre Alfonso XII, había condenado, como es natural, el atentado de Otero, calificándolo de villanía y crimen cobarde. Hablamos mucho rato y nuestro diálogo, que empezó en tono belicoso, se fué reposando. Le expuse á Otero mi situación de indumentaria veraniega, y tal pena le dí que, quitándose la capa, me dijo: «Ahí se la dejo á usted para que asista esta noche al estreno de su obra.» Y esto me salvó; no así á la capa que fué destrozada por el entusiasmo de los amigos.

—¿Resultó la obra un éxito?...

—Un éxito enorme, ¡grandioso!; me acuerdo de este detalle: Para ponerle un telegrama á mi padre n e d ó el actor Ventura de la Vega una peseta, la cual no me ha querido cobrar nunca. Esta obra fué interpretada por Riquelme, Carreras, Larra, Julio Ruiz y Lacasa, los cuales estaban entonces en Eslava de meritorios y después todos han sido maestros en el arte. Continué colaborando con Cantó hasta el año siguiente que estrenamos *Ortografía*, por cierto que fué la primera obra nuestra á la cual puso música Chapí. Después estrenamos *La leyenda del Monje*, con la que debuté como autor en Apolo; y ya, lo que todo el mundo conoce.

—¿Con quiénes ha colaborado usted?—pregunté.

—Con muchos... Que recuerde... con Cantó, López Silva, Fernández Shaw, García Álvarez... Solo, he hecho bastantes actos, los cuales, en honor á la verdad, y aunque parezca inmodestia, he de decir que son los que han obtenido mayor éxito.

—¿Cuántas obras tiene usted estrenadas?...

—Unas ciento.

—¿Cuáles son las de usted solo?...

—*El tío de Alcalá*, *El Santo de la Isidra*, *La Cara de Dios*, *Dolorettes*, *El amigo Melquiades*, *La sobrina del Cura*, *Las Estrellas* y alguna otra que no recuerdo.

—¿Y de todas cuál le gusta á usted más?...

—¡Oh! *Las Estrellas*.

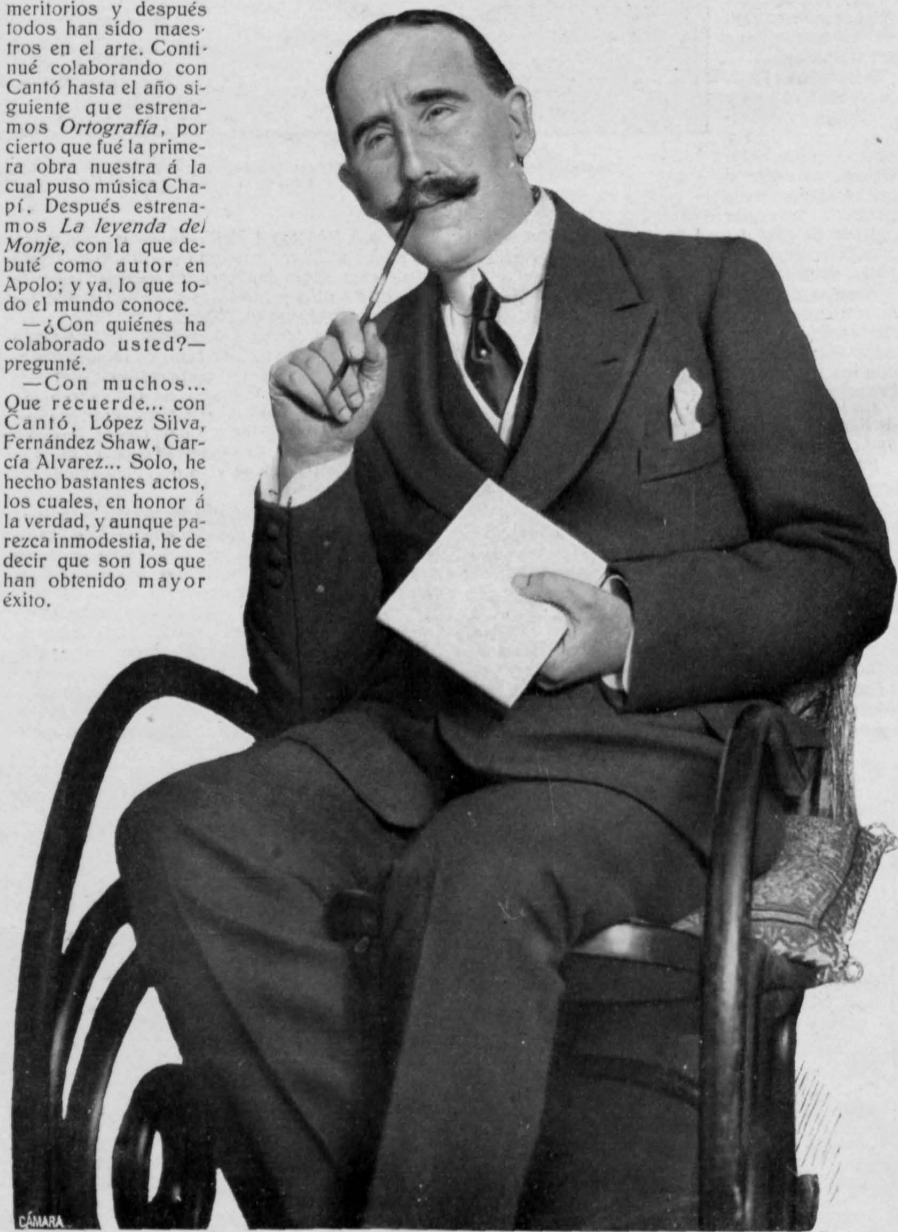
—¿Ha ganado usted mucho dinero con el teatro?...

—Muchísimo. A mí me han llamado, durante largo tiempo, *El Rey del Trimestre*. Desde el año 88 hasta ahora yo calculo haber cobrado en la Sociedad de Autores MILLÓN Y MEDIO DE PSETAS. Bastantes años he salido por catorce ó quince mil duros.

—Pero esos tiempos ya pasaron; ahora habrá aflojado la recaudación—observé.

—No lo crea usted—repuso Arniches.—Este mes último, por ejemplo, es el que más he cobrado durante mi vida de autor. Unas diez mil pesetas. El actual también se aproximará á esa suma.

—Y dígame usted, Carlos..., ¿cuál es la obra que más dinero le ha dado?...





El popular autor cómico Carlos Arniches en su gabinete con sus dos hijas

FOTS. CAMPÚA

—*El Santo de la Isidra* que me habrá producido más de veinte mil duros.

—Y, ahora, ¿trabaja usted solo?...

—Sí, desde que rompí con Enrique.

—¿Será más agradable escribir en colaboración?—le insinuó.

—Psh...—repuso él, con indiferencia;—es más entretenido; yo noto menos la falta de colaborador, porque mi costumbre ha sido siempre dialogar las obras; en cambio, no he podido hacer jamás ni un verso ni un cantable.

—¿Y en las obras de usted solo?...

—Me he valido de algún compañero... Muchas veces hemos hecho los cantables Quinito, Serrano y yo.

—¿Con cuál colaborador ha congeniado usted más?...

—Yo, con el que he trabajado más á gusto ha sido con García Álvarez.

Hubo un difícil silencio...

Sin querer acudió á nuestra imaginación la llama fatal que rompió el hilo de esta amistad... Arniches se expresó con penoso gesto.

—Usted sabe que he estado mucho tiempo malo á consecuencia de los disgustos que me produjo tener que cortar mi amistad con Enrique... Y de todo lo pasado, bien sabe usted que yo tuve la menor culpa... En fin, de eso es mejor no hablar... En su día se sabrá todo...

—¿Creo que se han hecho gestiones para que vuelvan Enrique y usted á ser amigos?...

—Sí, señor: Vivanco me escribió llamándome á su casa de Bilbao, donde, según me decía, esperaba Enrique para que nos diéramos un abrazo... Yo estaba en el campo y fué en mi poder la carta con doce días de retraso y, claro, ya no fué. Pero después de esa intentona de re-

conciliación, amigos de Enrique han agriado el asunto dándole una importancia que en realidad no se merecía. Además, se han dicho de mí horrores... Usted recordará...

—Sí, en efecto; tengo una idea de que en un periódico...

—Sí, señor; en un periódico dirigido por un íntimo amigo mío del cual salí yo fiador en la Sociedad de Autores por unos miles de pesetas, que estoy pagando, y el cual me llamaba *hermano*, como verá usted en una carta que le voy á enseñar ahora mismo...

Y diciendo esto, fué á su mesa de despacho... De uno de los cajones extrajo una carta que me dió á leer. Estaba firmada por *Adelardo*: hablaba de *amistad eterna* y de *agradecimiento impercedero*. Estaba redactada en unos términos fraternales. No la copio porque esa carta pertenece á dos y uno de los protagonistas está ausente.

—Bien; siga usted, Arniches—le dije devolviéndole la epístola.

—Esta carta, como habrá usted visto, está escrita muy poco tiempo antes de ultrajarme en la forma que se me ultrajó en aquel periódico.

Hizo una pausa Arniches.

Su voz era una implacable amenaza, acompañada por el pausado movimiento de sus manos. Después continuó:

—El día que yo no pertenezca á mis hijos y que les haya dejado el porvenir resuelto... entonces... liquidaremos eso... y, ¡cuenta nueva!

—¡Bah!—le dije poniéndome de pie, en actitud de marchar—Enrique García Álvarez es un santo, Prudencio Iglesias un noble luchador y usted no me parece mala persona... ¿Por qué han de ser ustedes enemigos? Busquemos el olvido

y la fraternidad. ¡Qué caramba! Yo me encargo de que juntos los cuatro aniquilemos una paella.

Carlos fué á objetar. Yo le puse mi mano en la espalda.

—¡Nada!... La sed de venganza la apagarán ustedes con una copa de *champagne* ó un quince de *morapio*... Ahora bien, si ya en casa de Camorra y delante de un elocuente arroz con pollo, se encuentran ustedes con bastante valor personal para despanzurrarse, allá ustedes ¡que los entierren juntos!; y mientras, yo consumo la paella. ¡Ni una palabra más!... Quedo en avisar á usted en cuanto pasen estos días ¡no vayan ustedes á creer que se trata de una bromita de Carnaval!...

Y así será, lectores.

EL CABALLERO AUDAZ

ooo

Un poco tarde, pero atentamente, se nos ruega, por parte del Sr. Ortiz de Zárate, hagamos una pequeña rectificación en la entrevista publicada y ya olvidada en el número de 26 de Diciembre último *El Príncipe fantasma*.

Sin duda para nuestro atento comunicante han pasado inadvertidas dos circunstancias, muy importantes en este caso.

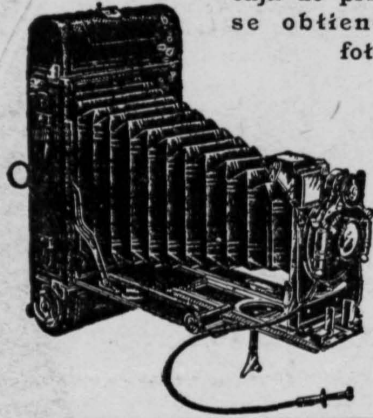
Una: Que la expresada entrevista estaba totalmente rectificada á su final.

Otra: Que era absolutamente fantástica y solo hecha con el propósito de sorprender á mis lectores *inocentes* en el día de su santo.

Así, pues, nos es muy grato repetir que don Jaime de Borbón no ha existido más que en nuestra fantasía. Esto complacerá al duque de Madrid primero y al Sr. Ortiz de Zárate después. No queremos dejar de ser amigos de ninguno de los dos.

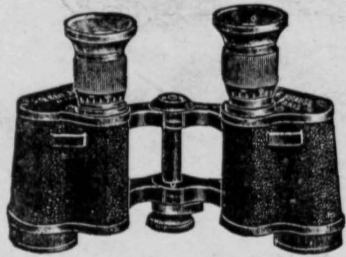
CON UNOS CÉNTIMOS AL DIA, SE PUEDE ADQUIRIR

"SUEÑO IDEAL" 9x12, PARA PLACAS y PELÍCULAS
marca "ERNEMANN", y una
caja de prismas, con el que
se obtienen magníficas
fotografías



Pesetas 8,00
al mes,
en 24 meses;
al contado,
pesetas 163,20

GEMELOS PRISMÁTICOS,
DIEZ VECES DE AUMENTO
MARCA "VALETTE", SERIE "LOICO"



CAMPO GRANDE,
AUMENTO GRANDE

VOLUMEN
REDUCIDO
GRAN POTENCIA
Y CLARIDAD

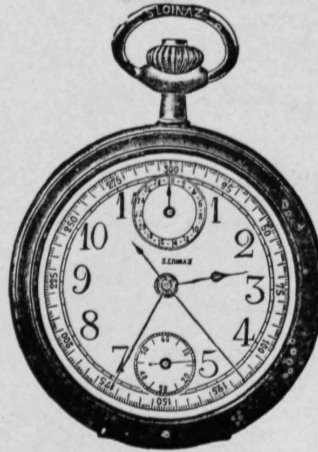
Ptas. 9,00 al mes, en 15 meses

"KINOX ERNEMANN" CINEMATÓGRAFO
DE SALÓN
que admite todas las películas
corrientes de cine grande, hasta
400 metros. Se adapta a la
bombilla eléctrica, sin ningún
gasto de luz



Ptas. 23,50
AL MES,
EN 20 MESES
Al contado:
pesetas
399,50

LEPINE, ORO DE LEY
DE 18 QUILATES,
CUBETA DE ORO



CRONÓGRAFO
CONTADOR

Primera calidad,
esfera blanca,
... 19 líneas ...

Ptas. 18,75 al mes,
en 20 meses
AL CONTADO:
Ptas. 318,75

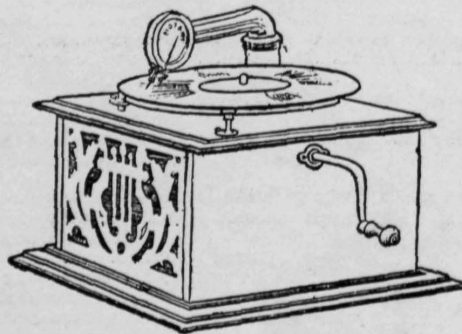
Bicicleta LA INGLESA, con neumáticos
HUTCHINSON



y dos frenos a las
llantas con rueda
libre. :: Llantas ni-
queladas, con filetes
en colores

Ptas. 12,25 al mes,
en 20 meses
AL CONTADO: Ptas. 208,25

Máquina parlante sin bocina, con
30 discos dobles, marca "Homokord",
..... ó sean 60 piezas á elegir



SONORIDAD
y
ELEGANCIA

Ptas 11,75 al mes, en 24 meses
Al contado: ptas. 239,70

PÍDASE CATÁLOGO ILUSTRADO Y CONDICIONES DEL OBJETO QUE SE DESEA, Á LA CASA
S. LOINAZ y Comp.^a --Prim, 39, SAN SEBASTIAN
Y SE RECIBIRA GRATIS POR CORREO

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

EDITADA POR "Prensa Gráfica S. A."

Director: Francisco Verdugo Landi □ Gerente: Mariano Zavala

Número suelto: 50 céntimos

Se publica todos los sábados

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA

Un año. 25 pesetas

Seis meses. . . 15 "

EXTRANJERO

Un año 40 francos

Seis meses . . 25 "

ULTRAMAR: REPÚBLICA ARGENTINA

Un año. 25 pesos, moneda nacional

(Dirigirse á los concesionarios exclusivos:

Sres. MASSIP y COMPAÑIA—Rivadavia, 698)

PAGOS ADELANTADOS

Diríjanse pedidos al Sr. Administrador de "Prensa Gráfica", Hermosilla, 57, Madrid ◇ Apartado de Correos, 571 ◇ Dirección telegráfica, Telefónica : : : y de cable, Grafimun ◇ Teléfono, 968 : : :

TAPAS

para la encuadernación de
"LA ESFERA", confec-
cionadas con gran lujo

DOS TOMOS PARA EL AÑO DE 1914

À 4 pesetas cada juego de tapas
para un semestre

SE VENDEN EN LA ADMINISTRACIÓN DE Prensa Gráfica (S. A.)
HERMOSILLA, 57 MADRID

Para envíos á provincias añádense 0,40 de correo y certificado

UAB

Universidad Autónoma de Barcelona

UN RESFRIADO MAL CUIDADO

es una puerta abierta
á todas las ENFERMEDADES
de la GARGANTA, de los BRONQUIOS
y de los PULMONES

**!NO DESCUIDE V. JAMAS UN CONSTIPADO!
PUEDE V. CURARLO**

en pocos dias, radicalmente y á poco coste
con el empleo de las

PASTILLAS VALDA

ANTISÉPTICAS

Pero, sobre todo, no emplee V. sino las
VERDADERAS

PASTILLAS VALDA

las que se venden sólo

En CAJAS de Ptas. 1.50

con el nombre VALDA en la tapa
y nunca de otra manera

AGENTES GENERALES: Vicente FERRER y C^{ta},
BARCELONA.

Fórmula:
Menthol . . . 0,002
Eucalyptol . 0,003
Azúcar-Goma.

Se admiten suscripciones y anun-
cios para este periódico en la

LIBRERIA DE SAN MARTIN

MADRID

PUERTA DEL SOL, 6

VENTA DE NÚMEROS
SUELTOS

KÂULAK

FOTÓGRAFO

ALCALÁ, 4

MADRID



SUPERA
AL MEJOR
EXTRANJERO



JABON

FLORES

DEL

CAMPO

PASTILLA 1,25
DE PROPAGANDA
0,30

